

ITALO
CALVINO
PALOMAR



Lectulandia

«Esta sabia y conmovedora novela de Italo Calvino encierra en su brevedad y aparente sencillez una hondura sutil que solamente los grandes maestros son capaces de transmitir» (*Corriere della Sera*).

Del mismo modo que el observatorio que lleva su nombre, el señor Palomar mira y analiza el mundo. El señor Palomar observa y piensa, entre la aparente no actividad y la enorme actividad interior, que se traduce en evolución del pensamiento acerca del mundo. Las experiencias de Palomar consisten en concentrarse en pequeños objetos y fenómenos a través de cuyo minucioso análisis encontrará una relación entre el objeto y el universo, o entre el yo y el universo, porque éste se refleja, se verifica y se multiplica en todo lo que nos rodea. Todo es lo mismo y todo forma parte de lo mismo. El mar, el cielo, las estrellas, un prado, un pequeño queso en la estantería de un supermercado, el mármol ensangrentado de una carnicería encierran en ellos mismos todas las preguntas sobre la existencia. El itinerario de Palomar hacia la sabiduría recrea una historia en la que la anónima vida del protagonista se eleva como ejemplo del vertiginoso viaje interior que muy pocos osan realizar.

Lectulandia

Italo Calvino

Palomar

ePub r1.0

jugaor 23.04.14

Título original: *Palomar*

Italo Calvino, 1983

Traducción: Aurora Bernárdez

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
EDICIÓN CONMEMORATIVA



epublibre.org

Las cifras 1, 2, 3, que numeran los títulos del índice, estén en primera, segunda o tercera posición, no tienen sólo un valor ordinal, sino que corresponden a tres áreas temáticas, a tres tipos de experiencia y de interrogación que, en diversas proporciones, están presentes en cada parte del libro.

El 1 corresponde generalmente a una experiencia visual, que tiene casi siempre por objeto formas de la naturaleza: el texto tiende a configurarse como una descripción.

En el 2 están presentes elementos antropológicos, culturales en sentido lato, y la experiencia implica, además de los datos visuales, también el lenguaje, los significados, los símbolos. El texto tiende a desarrollarse en relato.

El 3 refiere experiencias de tipo más especulativo, relativas al cosmos, al tiempo, al infinito, a las relaciones entre el yo y el mundo, a las dimensiones de la mente. Del ámbito de la descripción y del relato se pasa al de la meditación.

Las vacaciones de Palomar

Palomar en la playa

Lectura de una ola

El mar está apenas encrespado, olas pequeñas baten la orilla arenosa. El señor Palomar de pie en la orilla mira una ola. No está absorto en la contemplación de las olas. No está absorto porque sabe lo que hace: quiere mirar una ola y la mira. No está contemplando, porque la contemplación necesita un temperamento adecuado, un estado de ánimo adecuado y un concurso adecuado de circunstancias exteriores; y aunque el señor Palomar no tiene nada en principio contra la contemplación, ninguna de las tres condiciones se le da. En fin, no son «las olas» lo que pretende mirar, sino una ola singular, nada más; como quiere evitar las sensaciones vagas, se asigna para cada uno de sus actos un objeto limitado y preciso.

El señor Palomar ve asomar una ola a lo lejos, la ve crecer, acercarse, cambiar de forma y de color, envolverse en sí misma, romper, desvanecerse, refluir. Llegado a ese punto podría convencerse de que ha llevado a término la operación que se había propuesto e irse. Pero aislar una ola separándola de la ola que inmediatamente la sigue y como si la empujara y por momentos la alcanzara y la arrollara, es muy difícil, así como separarla de la ola que la precede y que parece llevársela a la rastra hacia la orilla, cuando no volverse en contra como para detenerla. Y si se considera cada oleada en el sentido de la anchura, paralelamente a la costa, es difícil establecer hasta dónde se extiende continuo el frente que avanza y dónde se separa y segmenta en olas que existen por sí mismas, distintas en velocidad, forma, fuerza, dirección.

En una palabra, no se puede observar una ola sin tener en cuenta los aspectos complejos que concurren a formarla y los otros igualmente complejos que provoca. Estos aspectos varían continuamente, razón por la cual una ola es siempre diferente de otra ola; pero también es cierto que cada ola es igual a otra ola, aunque no sea inmediatamente contigua o sucesiva; en una palabra, hay formas y secuencias que se repiten, aunque estén distribuidas irregularmente en el espacio y en el tiempo. Como lo que el señor Palomar pretende hacer en este momento es simplemente ver una ola, es decir, recoger simultáneamente todos sus componentes sin descuidar ninguno, su mirada se detendrá en el movimiento del agua que bate la orilla hasta ser capaz de registrar aspectos que no había recogido antes; apenas comprueba que las imágenes se repiten, sabrá que ha visto todo lo que quería ver y podrá abandonar.

Hombre nervioso que vive en un mundo frenético y congestionado, el señor Palomar tiende a reducir sus propias relaciones con el mundo exterior y para defenderse de la neurastenia general trata en lo posible de controlar sus sensaciones. La giba de la ola que avanza se alza en un punto más que en los otros y desde allí empieza a festonearse de blanco. Si eso ocurre a cierta distancia de la orilla, la espuma tiene tiempo de envolverse en sí misma y desaparecer de nuevo como tragada y en ese mismo momento volver a invadirlo todo despuntando ahora desde abajo, como una alfombra blanca que remonta la orilla para acoger a la ola que llega. Pero cuando uno espera que la ola ruede sobre la alfombra, se da cuenta de que la ola ya no está, que sólo está la alfombra y también ésta desaparece rápidamente, se convierte en un relampagueo de arena mojada que se retira veloz, como si lo rechazara la expansión de la arena seca y opaca que adelanta su confín ondulado.

Al mismo tiempo hay que considerar las muescas del frente, donde la ola se divide en dos alas, una que tiende hacia la orilla de derecha a izquierda y la otra de izquierda a derecha, y el punto de partida de su diverger o converger es esa punta en negativo que sigue el avance de las alas pero contenida desde atrás y sujeta a su superponerse alternado, hasta que la alcanza otra oleada más fuerte, pero también con el mismo problema de divergencia-convergencia, y después otra más fuerte aún que resuelve el nudo rompiéndolo.

Tomando como modelo el dibujo de las olas, la playa adelanta en el agua puntas apenas esbozadas que se prolongan en bancos de arena sumergidos, como los que forman y deshacen las corrientes en la marea. El señor Palomar ha elegido una de esas bajas lenguas de arena como punto de observación, porque las olas baten allí oblicuamente de un lado y del otro, y salvando la superficie semisumergida se encuentran con las que llegan del otro lado. Por lo tanto para entender cómo es una ola hay que tener en cuenta esas pujas en direcciones opuestas que en cierto modo se contrapesan y en cierto modo se suman y producen una ruptura general de todas las pujas y contrapujas en el habitual propagarse de la espuma.

El señor Palomar trata ahora de limitar su campo de observación; si se fija en un cuadrado, digamos, de diez metros de orilla por diez metros de mar, puede completar un inventario de todos los movimientos de olas que se repiten con diversa frecuencia dentro de un determinado lapso de tiempo. La dificultad está en fijar los límites de ese cuadrado, porque si, por ejemplo, considera como lado más alejado de su persona la línea en realce de una ola que avanza, esta línea al acercársele y alzarse esconde a sus ojos todo lo que queda atrás, y entonces el espacio que se está examinando se revuelve y al mismo tiempo se aplasta.

Sin embargo, el señor Palomar no se desanima y a cada momento cree que ha conseguido ver todo lo que podía ver desde su puesto de observación, pero siempre aparece algo que no había tenido en cuenta. Si no fuera por esa impaciencia suya de

alcanzar el resultado completo y definitivo de su operación visual, mirar las olas sería para él un ejercicio muy sedante y podría salvarlo de la neurastenia, del infarto y de la úlcera de estómago. Y quizá podría ser la clave para adueñarse de la complejidad del mundo reduciéndola al mecanismo más simple.

Pero toda tentativa de definir este modelo debe tener en cuenta una ola larga que sobreviene en dirección perpendicular a las rompientes y paralela a la costa, haciendo deslizar una cresta continua que apenas aflora. Los brincos de las olas que avanzan alborotadas hacia la orilla no turban el impulso uniforme de esta cresta compacta que las corta en ángulo recto y no se sabe dónde va ni de dónde viene. Tal vez es un soplo de viento de levante que mueve la superficie del mar transversalmente al impulso profundo de las masas de agua del mar abierto, pero esta ola que nace del aire recoge al pasar los impulsos oblicuos que nacen del agua y los desvía y endereza en su dirección llevándolos consigo. Así va aumentando y cobrando fuerza hasta que el choque con las olas contrarias la debilita poco a poco hasta hacerla desaparecer, o bien la tuerce hasta confundirla en una de las tantas dinastías de olas oblicuas que se deshace en la orilla con ellas.

Fijar la atención en un aspecto lo hace saltar al primer plano e invadir el cuadro, como ciertos dibujos en que basta cerrar los ojos y al volver a abrirlos la perspectiva ha cambiado. Ahora, en ese cruzarse de crestas diversamente orientadas, el dibujo del conjunto resulta fragmentado en recuadros que afloran y se desvanecen. Añádase que el reflujo de cada ola tiene también su fuerza que contraría las olas siguientes. Y si se concentra la atención en ese impulso hacia atrás, parece que el verdadero movimiento es el que parte de la orilla y va hacia mar abierto.

El verdadero resultado que el señor Palomar está por alcanzar ¿será tal vez hacer correr las olas en sentido opuesto, invertir el tiempo, vislumbrar la verdadera sustancia del mundo más allá de los hábitos sensoriales y mentales? No, llega a experimentar una ligera sensación de mareo, nada más. La obstinación que empuja las olas hasta la costa tiene ganada la partida; en realidad se han abultado bastante. ¿Estará por cambiar el viento? Pobre de él si la imagen que el señor Palomar ha logrado componer minuciosamente se desbarata, desmenuza, dispersa. Sólo si consigue tener presentes todos sus aspectos juntos, puede iniciar la segunda fase de la operación: extender ese conocimiento al universo entero.

Bastaría no perder la paciencia, cosa que no tarda en suceder. El señor Palomar se aleja por la playa, con los nervios tensos como cuando llegó y todavía más inseguro de todo.

El pecho desnudo

El señor Palomar camina por una playa solitaria. Encuentra unos pocos bañistas. Una joven tendida en la arena toma el sol con el pecho descubierto. Palomar, hombre discreto, vuelve la mirada hacia el horizonte marino. Sabe que en circunstancias análogas, al acercarse un desconocido, las mujeres se apresuran a cubrirse, y eso no le parece bien: porque es molesto para la bañista que tomaba el sol tranquila; porque el hombre que pasa se siente inoportuno; porque el tabú de la desnudez queda implícitamente confirmado; porque las convenciones respetadas a medias propagan inseguridad e incoherencia en el comportamiento, en vez de libertad y franqueza.

Por eso, apenas ve perfilarse desde lejos la nube rosa bronceado de un torso desnudo de mujer, se apresura a orientar la cabeza de modo que la trayectoria de la mirada quede suspendida en el vacío y garantice su cortés respeto por la frontera invisible que circunda las personas.

Pero —piensa mientras sigue andando y, apenas el horizonte se despeja, recuperando el libre movimiento del globo ocular— yo, al proceder así, manifiesto una negativa a ver, es decir, termino también por reforzar la convención que considera ilícita la vista de los senos, o sea, instituyo una especie de corpiño mental suspendido entre mis ojos y ese pecho que, por el vislumbre que de él me ha llegado desde los límites de mi campo visual, me parece fresco y agradable de ver. En una palabra, mi no mirar presupone que estoy pensando en esa desnudez que me preocupa, ésta sigue siendo en el fondo una actitud indiscreta y retrógrada.

De regreso, Palomar vuelve a pasar delante de la bañista, y esta vez mantiene la mirada fija adelante, de modo que roce con ecuaníme uniformidad la espuma de las olas que se retraen, los cascos de las barcas varadas, la toalla extendida en la arena, la hinchida luna de piel más clara con el halo moreno del pezón, el perfil de la costa en la calina, gris contra el cielo.

Sí —reflexiona, satisfecho de sí mismo, prosiguiendo el camino—, he conseguido que los senos quedaran absorbidos completamente por el paisaje, y que mi mirada no pesara más que la mirada de una gaviota o de una merluza.

¿Pero será justo proceder así? —sigue reflexionando—. ¿No es aplastar la persona humana al nivel de las cosas, considerarla un objeto, y lo que es peor, considerar objeto aquello que en la persona es específico del sexo femenino? ¿No estoy, quizá, perpetuando la vieja costumbre de la supremacía masculina, encallecida con los años en insolencia rutinaria?

Gira y vuelve sobre sus pasos. Ahora, al deslizar su mirada por la playa con objetividad imparcial, hace de modo que, apenas el pecho de la mujer entra en su campo visual, se note una discontinuidad, una desviación, casi un brinco. La mirada avanza hasta rozar la piel tensa, se retrae, como apreciando con un leve sobresalto la diversa consistencia de la visión y el valor especial que adquiere, y por un momento se mantiene en mitad del aire, describiendo una curva que acompaña el relieve de los

senos desde cierta distancia, elusiva, pero también protectora, para reanudar después su curso como si no hubiera pasado nada.

Creo que así mi posición resulta bastante clara —piensa Palomar—, sin malentendidos posibles. ¿Pero este sobrevolar de la mirada no podría al fin de cuentas entenderse como una actitud de superioridad, una depreciación de lo que los senos son y significan, un ponerlos en cierto modo aparte, al margen o entre paréntesis? Resulta que ahora vuelvo a relegar los senos a la penumbra donde los han mantenido siglos de pudibundez sexomaníaca y de concupiscencia como pecado...

Tal interpretación va contra las mejores intenciones de Palomar que, pese a pertenecer a una generación madura para la cual la desnudez del pecho femenino iba asociada a la idea de intimidad amorosa, acoge sin embargo favorablemente este cambio de las costumbres, sea por lo que ello significa como reflejo de una mentalidad más abierta de la sociedad, sea porque esa visión en particular le resulta agradable. Este estímulo desinteresado es lo que desearía llegar a expresar con su mirada.

Da media vuelta. Con paso resuelto avanza una vez más hacia la mujer tendida al sol. Ahora su mirada, rozando volublemente el paisaje, se detendrá en los senos con un cuidado especial, pero se apresurará a integrarlos en un impulso de benevolencia y de gratitud por todo, por el sol y el cielo, por los pinos encorvados y la duna y la arena y los escollos y las nubes y las algas, por el cosmos que gira en torno a esas cúspides nimbadas.

Esto tendría que bastar para tranquilizar definitivamente a la bañista solitaria y para despejar el terreno de inferencias desviantes. Pero apenas vuelve a acercarse, ella se incorpora de golpe, se cubre, resopla, se aleja encogiéndose de hombros con fastidio como si huyese de la insistencia molesta de un sátiro.

El peso muerto de una tradición de prejuicios impide apreciar en su justo mérito las intenciones más esclarecidas, concluye amargamente Palomar.

La espada del sol

El reflejo se forma en el mar cuando el sol cae: desde el horizonte se estira hasta la costa una mancha deslumbrante, hecha de muchos relampagueos ondulantes; entre relampagueo y relampagueo, el azul opaco del mar oscurece su red. Las barcas blancas a contraluz se vuelven negras, pierden consistencia y extensión, como consumidas por ese resplandor moteado.

Es la hora en que el señor Palomar, hombre tardío, toma su baño vespertino. Entra en el agua, se aparta de la orilla, y el reflejo del sol se convierte en una espada

centelleante en el agua que desde el horizonte se alarga hasta alcanzarlo. El señor Palomar nada en la espada, o mejor dicho, la espada sigue estando siempre delante de él, a cada brazada suya se retrae y no se deja alcanzar nunca. Dondequiera que estire los brazos, el mar cobra su opaco color vespertino, que se extiende hasta la orilla, a sus espaldas.

Mientras el sol baja hacia el crepúsculo, el reflejo blanco incandescente se va coloreando de oro y cobre. Y por más que el señor Palomar se desplace, continúa siendo el vértice de aquel agudo triángulo dorado; la espada lo sigue, señalándolo como la aguja de un reloj cuyo perno es el sol.

«Es un homenaje especial que el sol me rinde a mí personalmente», está tentado de pensar el señor Palomar o, mejor dicho, el yo egocéntrico y megalómano que lo habita. Pero el yo depresivo y autolesionador que cohabita con el otro en el mismo receptáculo, objeta: «Todos los que tienen ojos ven el reflejo que los sigue; la ilusión de los sentidos y de la mente nos tiene siempre prisioneros». Interviene un tercer coinquilino, un yo más ecuánime: «Quiere decir que, de cualquier modo, yo formo parte de los sujetos sintientes y pensantes, capaces de establecer una relación con los rayos solares, y de interpretar y valorar las percepciones y las ilusiones».

Todo bañista que a esta hora nada hacia el poniente ve la franja de luz que se dirige hacia él para apagarse poco a poco más allá del punto al que tiene su brazada: cada uno posee su reflejo, que sólo para él tiene esa dirección y con él se desplaza. A los dos lados del reflejo el azul del agua es más oscuro. «¿Es ése el único dato no ilusorio, común a todos: la oscuridad?», se pregunta el señor Palomar. Pero la espada se impone igualmente al ojo de cualquiera, no hay modo de escaparle. «¿Lo que tenemos en común es justamente lo que es dado a cada uno como exclusivamente suyo?». Las tablas de vela resbalan en el agua, cortando con bordadas oblicuas el viento de tierra que se alza a esta hora. Figuras erectas gobiernan el botalón con los brazos tensos como arqueros, conteniendo el aire que restalla en la tela. Cuando atraviesan el reflejo en medio del oro que los envuelve, los colores de la vela se atenúan y es como si el perfil de los cuerpos opacos entrase en la noche.

«Todo esto sucede no en el mar, no en el sol —piensa el nadador Palomar—, sino dentro de mi cabeza, en los circuitos entre los ojos y el cerebro. Estoy nadando en mi mente; sólo en ella existe esa espada de luz; y lo que me atrae es justamente eso. Ése es mi elemento, el único que puedo en cierto modo conocer».

Pero también piensa: «No puedo alcanzarla, la tengo siempre ahí delante, no puede estar al mismo tiempo dentro de mí y en algo donde nado; si la veo quedo fuera de ella y ella queda fuera».

Sus brazadas son ahora fatigadas e inciertas: se diría que todo su razonamiento, en vez de aumentarle el placer de nadar en el reflejo, se lo está frustrando, como haciéndole sentir una limitación, o una culpa, o una condena. Y también una

responsabilidad a la que no puede escapar: la espada existe sólo porque él está ahí; si se marchara, si todos los bañistas y los nadadores volviesen a la orilla o dieran la espalda al sol, ¿dónde iría a parar la espada? En el mundo que se deshace, lo que él quisiera salvar es lo más frágil: ese puente marino entre sus ojos y el sol poniente. El señor Palomar no tiene más ganas de nadar; siente frío. Pero continúa: ahora está obligado a permanecer en el agua hasta que el sol haya desaparecido.

Entonces piensa: «Si veo y pienso y nado el reflejo, es porque en el otro extremo está el sol lanzando sus rayos. Cuenta sólo el origen de lo que es: algo que mi mirada no puede sostener sino en forma atenuada, como en este crepúsculo. Todo el resto es reflejo entre reflejos, incluido yo».

Pasa el fantasma de una vela; la sombra del hombre-mástil se desliza entre las escamas luminosas. «Sin el viento esta trampa armada con articulaciones de plástico, huesos y tendones humanos, escotas de nylon, no se sostendría; el viento la convierte en una embarcación que parece dotada de una finalidad e intención propia; sólo el viento sabe dónde van el surf y el surfista», piensa. ¡Qué alivio si consiguiera anular su yo parcial y dudoso en la certidumbre de un principio del cual todo derive! ¿Un principio único y absoluto en el que se originen los actos y las formas? ¿O bien cierto número de principios distintos, líneas de fuerza que se entrecrucen dando una forma al mundo tal como aparece, único, instante por instante?

«... el viento y también, desde luego, el mar, la masa de agua que sostiene los sólidos flotantes y fluctuantes, como yo y la tabla», piensa el señor Palomar haciendo la plancha.

Su mirada invertida contempla ahora las nubes errantes y las colinas nubladas de bosques. También su yo está invertido en los elementos: el fuego celeste, el aire en movimiento, el agua cuna y la tierra sostén. ¿Será ésta la naturaleza? Pero nada de lo que ve existe en la naturaleza: el sol no se pone, el mar no tiene ese color, las formas son las que la luz proyecta en la retina. Con movimientos innaturales de los miembros flota entre espectros; cuerpos humanos en posiciones innaturales desplazan su peso disfrutando no del viento sino de la abstracción geométrica de un ángulo entre el viento y la inclinación de un dispositivo artificial y así resbalan sobre la lisa piel del mar. ¡La naturaleza no existe! El yo nadador del señor Palomar está inmerso en un mundo descorporizado, intersecciones de campos de fuerza, diagramas vectoriales, haces de redes que convergen, divergen, se refractan. Pero dentro de él sigue habiendo un punto en el que todo existe de otra manera, como una maraña, como un grumo, como un atasco: la sensación de que estás aquí pero podrías no estar, en un mundo que podría no estar pero está.

Una ola intrusa turba el mar liso; una lancha irrumpe y pasa rauda derramando querosén, dando tumbos. El velo de reflejos grasientos y tornasolados del queroseno se despliega fluctuando dentro del agua; esa consistencia material que el

deslumbramiento del sol no tiene es la que sin duda posee esa huella de la presencia física del hombre derramando su reguero de carburante, detritos de la combustión, residuos no asimilables, mezclando y multiplicando la vida y la muerte a su alrededor.

«Éste es mi hábitat —piensa Palomar—, que no es cuestión de aceptar o de excluir, porque sólo aquí puedo existir». ¿Pero si la suerte de la vida en la Tierra ya estuviera señalada? ¿Si la carrera hacia la muerte superase cualquier posibilidad de recuperación?

La oleada avanza, rompiente solitaria, hasta tumbarse en la orilla; y donde parecía haber únicamente arena, guijarros, algas y minúsculas conchillas, el agua al retirarse revela una franja de playa constelada de latas vacías, carozos, preservativos, peces muertos, botellas de plástico, zuecos rotos, jeringas, ramas negras de alquitrán.

Alzado también por la ola del motoscafo, envuelto en la marea de escorias, el señor Palomar se siente de improviso como un despojo entre despojos, cadáver revolcado en las playas-basureros de los continentes-cementerios. Si ningún ojo, salvo el ojo vítreo de los muertos, se abriera más en la superficie del globo terráqueo, la espada no volvería a brillar.

Pensándolo bien, esa situación no es nueva: durante millones de siglos los rayos del sol se posaron en el agua antes de que existieran ojos capaces de recogerlos.

El señor Palomar nada debajo del agua; emerge; ¡ahí está la espada! Un día un ojo salió del mar, y la espada, que ya estaba esperándolo, pudo finalmente ostentar toda la esbeltez de su punta aguda y su fulgor centelleante. Estaban hechos el uno para el otro, espada y ojo: y tal vez no fue el nacimiento del ojo el que hizo nacer la espada sino lo contrario, porque la espada no podía prescindir de un ojo que la mirase en su vértice.

El señor Palomar piensa en el mundo sin él: el inmenso de antes de su nacimiento, y el mucho más oscuro de después de su muerte; trata de imaginar el mundo antes de los ojos, de cualquier ojo; y un mundo que mañana por una catástrofe o por lenta corrosión se quedara ciego. ¿Qué sucede (sucedió, sucederá) en ese mundo? Puntual, un dardo de luz parte del sol, se refleja en el mar calmo, centellea en el temblequeo del agua, y entonces la materia se vuelve receptiva a la luz, se diferencia en tejidos vivientes, y de pronto un ojo, una multitud de ojos florece, o reflorece... Ahora todas las tablas del surf descansan en la orilla, e incluso el último bañista friolero —llamado Palomar— sale del agua. Se ha convencido de que la espada existirá aun sin él: finalmente, se seca con una toalla y vuelve a su casa.

Palomar en el jardín

Los amores de las tortugas

Hay dos tortugas en el patio: macho y hembra. ¡Slack! ¡Slack! Los caparazones chocan uno sobre otro. Es la estación de los amores. El señor Palomar, sin que lo vean, espía. El macho empuja a la hembra de costado, alrededor del reborde de la vereda. La hembra parece resistir al ataque, o, por lo menos, opone una inmovilidad un poco inerte. El macho es más pequeño y activo; parece más joven. Intenta repetidas veces montarla, desde atrás, pero la caparazón de ella se levanta y él resbala.

Ahora tendría que haber conseguido la posición justa: empuja con golpes rítmicos, pausados; con cada golpe emite un jadeo, casi un grito. La hembra tiene las patas anteriores aplastadas contra la tierra, lo que le hace levantar la parte trasera. El macho se agarra con las patas anteriores sobre el caparazón de ella, estirando el cuello hacia adelante, proyectándose con la boca abierta. El problema con estos caparazones es que no hay manera de aferrarse, y, además, las patas no consiguen adherirse.

Ahora ella le huye, él la persigue. No es que la hembra sea más veloz ni esté muy decidida a escapar: para retenerla él le mordisquea una pata, siempre la misma. Ella no se rebela. El macho cada vez que la hembra se detiene, trata de montarla, pero ella da un pasito adelante y él resbala y pega con el miembro en el suelo. Es un miembro bastante largo, en forma de gancho, parecería que conseguirá alcanzarla con él aunque el espesor de los caparazones y la torpe posición los separen. De modo que no se puede decir cuántos de esos asaltos terminan bien, cuántos fracasan, cuántos son sólo juego, teatro.

Es verano, el patio está pelado salvo un jazmín verde en un ángulo. El galanteo consiste en dar innumerables vueltas al cantero, con persecuciones y fugas y escaramuzas no de las patas sino de los caparazones que entrechocan con un repiqueteo sordo. Entre los tallos del jazmín trata de colarse la hembra; cree —o quiere hacer creer— que lo hace para esconderse; pero en realidad es el modo más seguro de quedar bloqueada por el macho, inmovilizada sin salvación. Ahora es probable que él haya conseguido introducir el miembro como se debe; pero esta vez están los dos quietos, quietos, silenciosos.

Cuáles pueden ser las sensaciones de dos tortugas que se acoplan, el señor Palomar no consigue imaginarlo. Las observa con una atención fría, como si se tratara de dos máquinas: dos tortugas electrónicas programadas para acoplarse. ¿Qué es el eros si en lugar de la piel hay placas de hueso y escamas de cuerno? Pero aun lo que llamamos eros ¿no es quizá un programa de nuestra máquina corporal, más complicado porque la memoria recoge los mensajes de cada célula cutánea, de cada molécula de nuestros tejidos y los multiplica combinándolos con los impulsos transmitidos por la vista y con los suscitados por la imaginación? La diferencia está sólo en el número de circuitos que intervienen: de nuestros receptores parten miles de millones de hilos, conectados con el *computer* de los sentimientos, de los condicionamientos, de los vínculos entre persona y persona... El eros es un programa que se desenvuelve en la maraña electrónica de la mente, pero la mente es también piel: piel tocada, vista, recordada. ¿Y las tortugas, encerradas en sus estuches insensibles? La penuria de los estímulos sensoriales tal vez las obliga a una vida mental concentrada, intensa, las lleva a un conocimiento interior cristalino... Tal vez el eros de las tortugas sigue leyes espirituales absolutas, mientras nosotros somos prisioneros de una maquinaria que no sabemos cómo funciona, sujeta a atascarse, a trabarse, a desencadenarse en automatismos sin control...

¿Se entenderán mejor a sí mismas las tortugas? Después de unos diez minutos de acoplarse, las dos caparazones se separan. Ella adelante, él detrás, vuelven a girar por el jardín. Ahora el macho está más indiferente, de vez en cuando con una patada se afana sobre la caparazón de ella, se le sube encima, pero sin mucha convicción. Vuelven a meterse debajo del jazmín. Él le muerde un poco una pata, siempre en el mismo lugar.

El silbido del mirlo

El señor Palomar tiene esta suerte: pasa el verano en un lugar donde cantan muchos pájaros. Mientras sentado en una perezosa «trabaja» (en realidad tiene otra suerte: poder decir que trabaja en lugares y posiciones que parecerían del descanso más absoluto; o mejor dicho, sufre esta condena: se siente obligado a no dejar nunca de trabajar, aun tendido bajo los árboles una mañana de agosto), los pájaros invisibles entre las ramas despliegan a su alrededor un repertorio de manifestaciones sonoras de lo más variadas, lo envuelven en un espacio acústico irregular y discontinuo y erizado, pero en el que se establece el equilibrio entre varios sonidos, ninguno de los cuales sobresale de los otros por su intensidad o frecuencia, y todos se entretejen en una urdimbre homogénea, sostenida no por la armonía sino por la ligereza y la

transparencia. Hasta que a la hora más caliente la feroz multitud de los insectos impone su dominio absoluto sobre las vibraciones del aire, ocupando sistemáticamente las dimensiones del tiempo y del espacio con el martilleo ensordecedor y sin pausa de las cigarras.

El canto de los pájaros ocupa una parte variable de la atención auditiva del señor Palomar: a veces lo aleja como un componente del silencio de fondo, a veces se concentra en distinguir canto por canto, reagrupándolos en categorías de complejidad creciente: gorgoritos puntiformes, trinos de dos notas, una breve una larga, silbos breves y vibrados, borboteos, cascadas de notas que bajan hiladas y se detienen, rizos de modulaciones que se curvan sobre sí mismas, y así hasta los gorjeos.

A una clasificación menos genérica el señor Palomar no llega: no es de los que, escuchando un canto, saben reconocer a qué pájaro corresponde. Siente esta ignorancia suya como una culpa. El nuevo saber que el género humano va adquiriendo no resarce del saber que se propaga sólo por directa transmisión oral y que una vez perdido no se puede recuperar y retransmitir; ningún libro puede enseñar lo que sólo se aprende en la infancia si se prestan oído y ojo atentos al canto y al vuelo de los pájaros y si hay alguien que puntualmente sepa darles un nombre. Al culto de la precisión nomenclativa y clasificatoria, Palomar había preferido la persecución continua de una precisión insegura en el definir lo modulado, lo cambiante, lo compuesto, esto es, lo indefinible. Ahora optaría por lo opuesto, y siguiendo el hilo de sus pensamientos despertados por el canto de los pájaros, su vida le parece una sucesión de ocasiones perdidas.

Entre todos los cantos de los pájaros se destaca el silbido del mirlo, inconfundible con cualquier otro. Los mirlos llegan al final de la tarde: son dos, desde luego, una pareja, tal vez la misma del año pasado, de todos los años en esta época. Cada tarde al escuchar el reclamo de un silbido, en dos notas, como de una persona que quiere anunciar su llegada, el señor Palomar alza la cabeza para buscar quién lo llama; después recuerda que es la hora de los mirlos. No tarda en descubrirlos: saltan por la hierba como si su verdadera vocación fuera de bípedos terrestres y les divirtiera establecer analogías con el hombre.

El silbido del mirlo tiene algo especial: es idéntico a un silbido humano, de alguien que no fuera particularmente hábil para silbar, pero que tuviese una buena razón para silbar, una sola vez, sólo una, sin intención de seguir, y lo hiciera en tono decidido pero modesto y afable, como para asegurarse de la benevolencia de quien lo escucha.

Al cabo de un momento el silbido se repite —por el mismo mirlo o por su cónyuge— pero siempre como si fuera la primera vez que se le ocurre silbar; si es un diálogo, cada réplica llega después de una larga reflexión. ¿Pero es un diálogo o cada mirlo silba para sí y no para el otro? Y, en un caso o en el otro, ¿se trata de preguntas

y respuestas (al otro o a sí mismo) o de confirmar algo que es siempre lo mismo (la propia presencia, la pertenencia a la especie, al sexo, al territorio)? Tal vez el valor de esa única palabra esté en ser repetida por otro pico silbador, en no ser olvidada durante el intervalo de silencio.

O bien todo el diálogo consiste en decir al otro «aquí estoy», y la longitud de las pausas añade a la frase el significado de un «todavía», como si dijera: «aquí estoy todavía, soy siempre yo». ¿Y si estuviera en la pausa y no en el silbido el significado del mensaje? ¿Si los mirlos se hablaran en el silencio? (El silbido sería en este caso sólo un signo de puntuación, una fórmula como «Terminado. Cierro»). Un silencio en apariencia igual a otro silencio podría expresar cien intenciones diversas; también un silbido, por lo demás; hablarse callando o silbando es siempre posible: el problema es entenderse. O si no, nadie puede entender a nadie: cada mirlo cree haber puesto en el silbido un significado que le es fundamental, pero que sólo él entiende; el otro le replica algo que no tiene ninguna relación con lo que el primero ha dicho; es un diálogo entre sordos, una conversación sin pies ni cabeza.

¿Pero los diálogos humanos son acaso algo distinto? La señora Palomar anda también por el jardín regando las verónicas. Dice: —Ahí están— enunciación pleonástica (se sobreentiende que el marido ya está mirando los mirlos) o si no (si él no los hubiera visto) incomprensible, pero de todos modos destinada a establecer la propia prioridad en la observación de los mirlos (porque, efectivamente ha sido ella la primera que los descubrió y señaló sus hábitos al marido) y a subrayar la infalibilidad de sus apariciones, ya registrada tantas veces por ella.

—Sst— hace el señor Palomar, aparentemente para impedir que su mujer los espante hablando en voz alta (recomendación inútil porque los mirlos marido y mujer están ya habituados a la presencia y a las voces de los señores Palomar marido y mujer) pero en realidad para denegar la ventaja de su mujer demostrando por los mirlos una solicitud mucho mayor que la de ella.

Entonces la señora Palomar dice: —Desde ayer se ha secado de nuevo— refiriéndose a la tierra del cantero que está regando, comunicación en sí superflua pero destinada a demostrar, al seguir hablando y cambiar de tema, una confianza con los mirlos mucho mayor y más desenvuelta que la del marido. No obstante, de estas réplicas el señor Palomar saca un cuadro general de tranquilidad y lo agradece a su mujer, porque si ella le confirma que por el momento no hay nada más grave de qué preocuparse, él puede seguir absorto en su trabajo (o seudotrabajo o hipertrabajo). Deja pasar un minuto y trata de lanzar un mensaje tranquilizador, para informar a su mujer que su trabajo (o infratrabajo o ultrabajo) como de costumbre avanza; con este fin emite una serie de bufidos y refunfuños: —... no me sale... con todo lo que... empezar de nuevo... sí, con los pies...— enunciaciones que todas juntas transmiten también el mensaje «estoy muy ocupado», por si la última réplica de su mujer

contuviera también un larvado reproche del tipo: «podrías pensar tú también de vez en cuando en regar el jardín».

Presupuesto de estos intercambios verbales es la idea de que una perfecta comprensión entre cónyuges permite entenderse sin estar especificándolo todo en sus mínimos detalles; pero este principio es puesto en práctica de modo muy diferente por los dos: la señora Palomar se expresa con frases completas, pero a menudo alusivas o sibilinas, para poner a prueba la rapidez de asociaciones mentales del marido y la sintonía de los pensamientos de él con los de ella (cosa que no siempre funciona); el señor Palomar en cambio deja que de las brumas de su monólogo interior emerjan dispersos sonidos articulados, confiando en que de ellos resulte, si no la evidencia de un sentido acabado, por lo menos el claroscuro de un estado de ánimo.

La señora Palomar, en cambio, se niega a recibir esos refunfuños como un discurso y para subrayar su no participación dice en voz baja: —¡Ssst!... Los espantas...—, retrucando a su marido con el silencio que él se había creído autorizado a imponerle, reconfirmando la propia primacía en la atención a los mirlos.

Señalado este punto a su favor, la señora Palomar se aleja. Los mirlos picotean en la hierba y seguro que consideran los diálogos de los cónyuges Palomar como el equivalente de los propios silbidos. Daría lo mismo que nos limitáramos a silbar, piensa el señor Palomar. Aquí se abre una perspectiva de pensamientos muy prometedores para él a quien la discrepancia entre el comportamiento humano y el resto del universo siempre le ha causado angustia. El silbido igual del hombre y del mirlo le parece un puente tendido sobre el abismo.

Si el hombre invirtiera en el silbido todo lo que normalmente confía a la palabra, y si el mirlo modulase en el silbido todo lo no dicho de su condición de ser natural, se daría el primer paso para anular la separación... ¿entre qué y qué? ¿Naturaleza y cultura? ¿Silencio y palabra? El señor Palomar espera siempre que el silencio contenga algo más que aquello que el lenguaje puede decir. ¿Pero si el lenguaje fuese realmente el punto de llegada al que tiende todo lo que existe? ¿O si todo lo que existe fuese lenguaje, desde el principio de los tiempos? Aquí el señor Palomar vuelve a sentir angustia.

Después de haber escuchado atentamente el silbido del mirlo, trata de repetirlo lo más fielmente que puede. Sigue un silencio perplejo, como si su mensaje exigiese un atento examen; después rebota un silbido igual, que el señor Palomar no sabe si es una respuesta para él, o la prueba de que su silbido es tan distinto que los mirlos no se inmutan y reanudan el diálogo entre ellos como si no hubiera pasado nada.

Continúan silbando e interrogándose perplejos, él y los mirlos.

El césped infinito

Alrededor de la casa del señor Palomar hay una extensión de césped. No es un lugar donde naturalmente debería crecer el césped; el césped es, pues, un objeto artificial, compuesto de objetos naturales, esto es, de hierba. El césped tiene como finalidad representar la naturaleza, y esta representación se opera sustituyendo la naturaleza propia del lugar por una naturaleza en sí natural, pero artificial en relación con ese lugar. En una palabra: cuesta caro; el césped requiere gastos y esfuerzo sin fin: para sembrarlo, regarlo, abonarlo, desinfectarlo, segarlo. El césped está formado de dicondra, gramilla y trébol. Ésta es la mezcla que por partes iguales se esparció en el momento de la siembra. La dicondra, enana y rampante, tomó enseguida la delantera; su alfombra de hojitas compuestas redondas y suaves se propaga, grata al pie y a la mirada. Pero el espesor del césped lo dan las lanzas afiladas de la gramilla, si no son demasiado ralas y si no se las deja crecer mucho sin darles una poda. El trébol brota irregular, aquí dos penachos, allá nada, más abajo un mar; crece lozano hasta que se afloja, porque la hélice de la hoja pesa en lo alto del tierno pecíolo y lo arquea. La cortadora avanza con trepidación ensordecedora al segarlo; un suave olor de heno fresco embriaga el aire; la hierba nivelada recupera su hispida infancia; pero el mordisco de la cuchilla revela discontinuidades, peladuras ralas, manchas amarillas.

Para que el césped merezca su nombre debe ser una verde extensión uniforme: resultado innatural logrado naturalmente por los prados que la naturaleza decide. Aquí, observando minuciosamente, se descubre dónde no llega el surtidor giratorio, dónde en cambio el agua golpea en un chorro continuo y pudre las raíces, y dónde del riego adecuado aprovechan las malas hierbas.

El señor Palomar arranca la cizaña, de cuclillas en el césped. Un diente de león se adhiere al terreno con un basamento de hojas dentadas espesamente superpuestas; si tiras del tallo, se te queda en la mano mientras las raíces permanecen hincadas en la tierra. Con un movimiento ondulante de la mano hay que tomar toda la planta y desprender delicadamente las raicillas de la tierra, sacando tal vez motas de terrón y desmedradas briznas de hierba, medio ahogadas por el vecino invasor. Después, arrojar al intruso en un lugar donde no pueda volver a echar raíces o a desparramar semillas. Cuando se empieza a arrancar una gramínea, enseguida se ve asomar otra un poco más allá, y otra, y otra más. En un instante, aquel trozo de alfombra herbosa que parecía necesitar unos pocos retoques, resulta ser una jungla sin ley.

¿No queda más que cizaña? Peor aún: las malas hierbas se entremezclan tan espesamente con las buenas que no se puede meter mano en medio y tirar. Parecería que se ha creado una inteligencia cómplice entre las hierbas sembradas y las silvestres, un debilitamiento de las barreras impuestas por la disparidad de

nacimiento, una tolerancia resignada de la degradación. Algunas hierbas espontáneas no tienen para nada, en sí mismas, un aire maléfico o insidioso. ¿Por qué no admitirlas entre las que pertenecen al césped por derecho propio, integrándolas en la colectividad de las cultivadas? Por este camino se llega a dejar que se pierda el «césped inglés» y a replegarse en el «césped rústico», abandonado a sí mismo. «Es lo que antes o después habrá que elegir», piensa el señor Palomar, pero le parecería faltar a un compromiso de honor. Una achicoria, una borraja saltan a su campo visual. Las extirpa.

Es cierto que arrancar una mala hierba aquí y allá no resuelve nada. Habría que proceder así —piensa—. Tomar un cuadrado de césped, de un metro de lado, y limpiarlo hasta de la presencia más ínfima que no sea trébol, gramilla o dicondra. Después pasar a otro cuadrado. O bien no: detenerse en un cuadrado de muestra. Contar cuántas briznas de hierba hay, de qué especie, su espesor, y cómo están distribuidas. A partir de ese cálculo se llegará a un conocimiento estadístico del césped, que una vez establecido...

Pero contar las briznas de hierba es inútil, nunca se llegará a saber cuántas son. El césped no tiene límites netos, hay una orilla donde la hierba deja de crecer, pero todavía brota alguna brizna dispersa aquí y allá, después una espesa mota verde, después una franja más rala: ¿forman todavía parte del césped o no? Más allá se insinúa el matorral: no se puede decir qué es césped y qué es maleza. Pero aun donde no hay más que hierba, no se sabe nunca dónde se puede dejar de contar: entre plantita y plantita hay siempre una hojita compuesta que apenas aflora de la tierra y cuya raíz es un vello blanco que casi no se ve; hace un minuto se la podía dejar de lado, pero dentro de poco tendremos que contarla también. Entretanto, otras dos briznas que hasta hace poco parecían apenas amarillentas, se han marchitado definitivamente y habrá que borrarlas de la cuenta. Después están los fragmentos de briznas, quebradas por la mitad, o cortadas al ras del suelo, o desgarradas a lo largo de la nervadura, las hojas compuestas que han perdido un lóbulo... Los decimales sumados no hacen un número entero, quedan como una menuda devastación herbácea, en parte todavía viva, en parte ya papilla, alimento de otras plantas, humus...

El césped es un conjunto de hierbas —así se plantea el problema—, que comprende un subconjunto de hierbas cultivadas y un subconjunto de hierbas espontáneas llamadas cizaña; la intersección de los dos subconjuntos está constituida por hierbas nacidas espontáneamente, pero pertenecientes a las especies cultivadas y por tanto indiferenciables de éstas. Los dos subconjuntos incluyen, a su vez, diversas especies, cada una de las cuales es un subconjunto de los ajenos al césped. Sopla el viento, vuelan las semillas y los pólenes, las relaciones entre los conjuntos se desbaratan...

Palomar sigue ahora otro curso de pensamientos: ¿es «el césped» lo que vemos o vemos una brizna más una brizna más una brizna...? Lo que llamamos «ver el césped» es sólo un efecto de nuestros sentidos aproximativos y bastos; un conjunto sólo existe en tanto está formado por elementos distintos. No es el caso de contarlos, el número no importa; lo que importa es aprehender de un vistazo las plantitas individuales una por una, en su particularidad y en sus diferencias. Y no solamente verlas: pensarlas. En vez de pensar «césped», pensar aquel pecíolo con dos hojas de trébol, aquella hoja lanceolada un poco corva, aquel corimbo tenue...

Palomar se ha distraído, ya no arranca las malas hierbas, ya no piensa en el césped: piensa en el universo. Está tratando de aplicar al universo todo lo que ha pensado del césped. El universo como cosmos regular y ordenado o como proliferación caótica. El universo tal vez finito pero innumerable, inestable en sus confines, que abre dentro de sí otros universos. El universo, conjunto de cuerpos celestes, nebulosas, polvillo estelar, campos de fuerzas, intersecciones de campos, conjuntos de conjuntos...

Palomar mira el cielo

Luna de la tarde

La luna de la tarde nadie la mira, y ése es el momento en que más necesitaría de nuestro interés puesto que su existencia está todavía en veremos. Es una sombra blanquecina que aflora del azul intenso del cielo, colmado de luz solar; ¿quién nos asegura que se las ingeniará también esta vez para cobrar forma y esplendor? Es tan frágil y pálida y tenue; sólo en un lado comienza a adquirir un contorno neto como el arco de una hoz, y el resto está aún todo embebido de celeste. Es como un hostia transparente, o una pastilla medio disuelta; sólo que aquí el círculo blanco no se va deshaciendo sino condensando, agregándose a expensas de las manchas y sombras grisazules que no se entiende si pertenecen a la geografía lunar o si son rebabas del cielo que todavía tiñen el satélite poroso como una esponja.

En esta fase el cielo es todavía algo muy compacto y concreto y no se puede saber con certeza si es de su superficie tensa e ininterrumpida que se va separando esa forma redonda y blanquecina, de una consistencia apenas más sólida que las nubes, o si al contrario, se trata de una corrosión del tejido del fondo, una desmalladura de la cúpula, una brecha que se abre a la nada de atrás. La incertidumbre es acentuada por la irregularidad de la figura que por una parte está adquiriendo relieve (donde más le llegan los rayos del sol poniente), por la otra se demora en una especie de penumbra. Y como el confín entre las dos zonas no es neto, el efecto resultante no es el de un sólido visto en perspectiva sino más bien el de una de esas figurillas de las lunas de calendario, en las que un perfil blanco se destaca dentro de un pequeño círculo oscuro. A esto no habría nada que objetar si se tratase de una luna en el primer cuarto y no de una luna llena o casi. Así se va en realidad revelando, a medida que su contraste con el cielo se refuerza y su circunferencia se dibuja más netamente, con apenas algunas abolladuras en el borde de levante.

Es preciso decir que el azul del cielo ha virado sucesivamente al pervinca, al violeta (los rayos del sol se han vuelto rojos), después al ceniciento y el pardo, y cada vez el blancor de la luna ha recibido un empujón para decidirlo a salir y en su interior la parte más luminosa ha ganado extensión hasta cubrir todo el disco. Es como si las fases por las que la luna pasa en un mes fueran recorridas de nuevo en el interior de esta luna llena o luna gibosa, en las horas entre su salida y su ocaso, con la diferencia

de que la forma redonda queda más o menos toda a la vista. En medio del círculo las manchas se mantienen, e incluso su claroscuro se vuelve más contrastado en relación con la luminosidad del resto, pero ahora no hay duda de que la luna las lleva como magulladuras o equimosis, y ya no se las puede tomar por transparencias del fondo celeste, desgarrones en el manto de un fantasma de luna sin cuerpo.

Más bien, lo que sigue siendo incierto es si esa mayor evidencia y (digámoslo) esplendor se deben al lento retroceso del cielo que cuanto más se aleja más se sume en la oscuridad, o si, en cambio, es la luna la que va adelantándose, recogiendo la luz antes dispersa en torno, privando de ella al cielo, concentrándola toda en la redonda boca de su embudo.

Y, sobre todo, estos cambios no deben hacer olvidar que entretanto el satélite ha ido desplazándose en el cielo, avanzando hacia el poniente y hacia arriba. La luna es el más mudable de los cuerpos del universo visible, y el más regular en sus complicadas costumbres: no falta nunca a las citas y puedes acechar su paso, pero si la dejas en un lugar la sorprendes siempre en otro, y si recuerdas su cara en cierta posición, resulta que ya la ha cambiado, poco o mucho. No obstante, si la sigues paso a paso, no te das cuenta de que imperceptiblemente te está huyendo. Sólo las nubes contribuyen a crear la ilusión de una carrera o una metamorfosis rápida, o mejor, a dar una vistosa evidencia a aquello que de otro modo escaparía a la mirada.

Corre la nube, de gris se vuelve lechosa y brillante, detrás el cielo se ha puesto negro, es de noche, las estrellas se han encendido, la luna es un gran espejo deslumbrante que vuela. ¿Quién reconocería en ella la de hace unas horas? Ahora es un lago de resplandor que difunde rayos en torno y un halo de fría plata se extiende sobre la oscuridad e inunda de luz blanca las calles de los noctámbulos.

No hay duda de que lo que ahora comienza es una espléndida noche de plenilunio de invierno. En ese momento, seguro de que la luna ya no lo necesita, el señor Palomar regresa a su casa.

El ojo y los planetas

El señor Palomar, enterado de que este año durante todo el mes de abril los tres planetas «exteriores» visibles a simple vista (aun para él, que es miope y astigmático) están «en oposición», por tanto visibles toda la noche juntos, se apresura a salir a la terraza.

El cielo está iluminado por la luna llena. Marte, a pesar de estar cerca del gran espejo lunar inundado de luz blanca, se adelanta imperioso con su fulgor obstinado, con su amarillo concentrado y denso, diferente de todos los otros amarillos del

firmamento, al punto que uno termina por convenir en llamarlo rojo y, en los momentos inspirados, por verlo realmente rojo.

Bajando con la mirada, prosiguiendo hacia levante un arco imaginario que debería juntar a Régulo con la Espiga (pero la Espiga casi no se ve), se encuentra, bien diferenciado, a Saturno con su luz blanca y un poco fría, y todavía más abajo aparece Júpiter en el momento de su máximo esplendor, de un amarillo vigoroso tirando al verde. Alrededor las estrellas son muy pálidas, salvo Arturo que brilla con aire de desafío un poco más arriba, hacia oriente.

Para aprovechar mejor la triple oposición planetaria, es indispensable procurarse un telescopio. El señor Palomar, tal vez porque lleva el mismo nombre que un famoso observatorio, goza de algunas amistades entre los astrónomos, y le es permitido acercar la nariz al ocular de un telescopio de 15 cm, es decir, más bien pequeño para la investigación científica, pero que, comparado con sus gafas, hace una diferencia considerable. Por ejemplo, Marte visto con el telescopio resulta ser un planeta más desconcertante de lo que parece a simple vista, como si tuviera muchas cosas que comunicar de las cuales sólo se consigue enfocar una pequeña parte, como en un discurso farfullado, entrecortado por la tos. Un halo escarlata asoma alrededor del borde; se puede tratar de fijarlo ajustando la lente, para hacer resaltar la costrita de hielo del polo inferior; hay manchas que afloran y desaparecen en la superficie como nubes o rasgones entre las nubes; se estabiliza una con la forma y la posición de Australia, y el señor Palomar se convence de que cuanto más clara ve Australia, mejor enfocado está en el objetivo, pero al mismo tiempo se da cuenta de que está perdiendo otras sombras de cosas que creía ver o que se sentía obligado a ver.

En una palabra, le parece que si Marte es el planeta acerca del cual desde Schiaparelli en adelante se han dicho tantas cosas, suscitando alternativamente ilusiones y desilusiones, eso coincide con la dificultad para relacionarse con él, como con una persona de carácter difícil. (A menos que la dificultad de carácter venga toda del señor Palomar: en vano trata de escapar a la subjetividad refugiándose entre los cuerpos celestes). Todo lo contrario es la relación que establece con Saturno, el planeta que más emociones da a quien lo mira a través de un telescopio: ahí está, clarísimo, exactos los contornos de la esfera y del anillo; tenues paralelas rayan la esfera; una circunferencia más oscura separa el borde del anillo; este telescopio no capta casi otros detalles y acentúa la abstracción geométrica del objeto; la sensación de una extremada lejanía, en vez de atenuarse, resalta más que a simple vista.

Que en el cielo gire un objeto tan diferente de todos los otros, una forma que une el máximo de extrañeza al máximo de simplicidad y de regularidad y armonía, es un hecho que alegra la vida y el pensamiento.

«Si hubieran podido verlo como ahora lo veo yo —piensa el señor Palomar—, los antiguos hubieran creído que habían colado la mirada en el cielo de las ideas de

Platón o en el espacio inmaterial de los postulados de Euclides; en cambio esta imagen, quién sabe por qué extravío, me llega a mí, y me temo que sea demasiado buena para ser verdadera, demasiado grata a mi universo imaginario para pertenecer al mundo real. Pero tal vez esta desconfianza hacia nuestros sentidos es lo que nos impide sentirnos cómodos en el universo. Tal vez, la primera regla que debo imponerme es ésta: atenerme a lo que veo».

Ahora le parece que el anillo oscila ligeramente, o el planeta dentro del anillo, o que uno y otro giran sobre sí mismos; en realidad es la cabeza del señor Palomar la que oscila, obligado como está a torcer el cuello a fin de acomodar la mirada al ocular del telescopio para poder mirar a través, pero se guarda bien de desmentirse a sí mismo esta ilusión que coincide con su expectativa tanto como con la verdad natural.

Saturno es realmente así. Después de la expedición del Voyager 2, el señor Palomar ha seguido todo lo que se ha escrito sobre los anillos: que están formados de partículas microscópicas; que están formados de escollos de hielo separados por abismos; que las divisiones entre los anillos son surcos en los que giran los satélites barriendo la materia y espesándola a los lados, como perros pastores corriendo alrededor del rebaño para mantenerlo junto; ha seguido el descubrimiento de los anillos entretejidos que al fin se resolvieron en círculos simples, mucho más finos, y el descubrimiento de las estrías opacas dispuestas como rayos de la rueda y después identificadas como nubes heladas. Pero las nuevas noticias no desmienten esta figura esencial, que no es diferente de la que vio por primera vez Juan Domingo Cassini en 1676, cuando descubrió la división entre los anillos que llevan su nombre.

En esta oportunidad es natural que una persona diligente como el señor Palomar se haya documentado en enciclopedias y manuales. Ahora Saturno, objeto siempre nuevo, se presenta a su mirada renovando la maravilla del primer descubrimiento, y despierta la pesadumbre de que Galileo con su desenfocado antejo no haya llegado a hacerse de él sino una idea confusa, de cuerpo triple o de esfera con dos asas, y de que cuando ya estaba a punto de entender cómo era, la vista le falló y todo se sumió en la oscuridad.

Mirar fijo demasiado tiempo un cuerpo luminoso cansa la vista; el señor Palomar cierra los ojos; pasa a Júpiter.

En su mole majestuosa, sin ser pesada, Júpiter ostenta dos franjas laterales como una bufanda guarnecida de bordados entrelazados, de un verde azulado. Efectos de colosales tempestades atmosféricas se traducen en un diseño ordenado y calmo, de elaborada compostura. Pero el verdadero lujo de este planeta suntuoso son sus centelleantes satélites, los cuatro ahora a la vista en línea oblicua, como un cetro resplandeciente y enjoyado.

Descubiertos por Galileo y llamados por él *Medicea sidera*, «astros de los Medici», rebautizados poco después con nombres de Ovidio —Io, Europa,

Ganimedes, Calixto— por un astrónomo holandés, los pequeños planetas de Júpiter parecen irradiar un último resplandor del Renacimiento neoplatónico, ignorantes de que el orden de las esferas celestes se ha disuelto, exactamente por obra de su descubridor.

Un sueño de clasicismo envuelve a Júpiter; enfocándolo con el telescopio, el señor Palomar se queda esperando una transfiguración olímpica. Pero no consigue mantener nítida la imagen: debe cerrar por un momento los párpados, dejar que la pupila deslumbrada recupere la percepción precisa de los contornos, de los colores, de las sombras, pero también dejar que la imaginación se despoje de vestiduras que no son suyas, renuncie a hacer alarde de un saber libresco.

Si es justo que la imaginación vaya en auxilio de la debilidad de la vista, debe ser instantánea y directa como la mirada que la inflama. ¿Cuál era la primera similitud que se le había ocurrido y que había desechado por incongruente? Había visto fluctuar el planeta con los satélites en fila como burbujas de aire que subieran de las branquias de un redondo pez abisal, fosforescente y estriado...

La noche siguiente el señor Palomar vuelve a su terraza a mirar de nuevo los planetas a simple vista: la gran diferencia es que está obligado a tener en cuenta las proporciones entre los planetas, el resto del firmamento esparcido en el espacio oscuro y él que mira, cosa que no sucede si la relación es entre el objeto separado planeta, enfocado por la lente, y él, sujeto, en un ilusorio cara a cara. Al mismo tiempo recuerda de cada planeta la imagen detallada que vio la noche antes, y trata de insertarla en la minúscula mancha de luz que perfora el cielo. Así espera haberse adueñado verdaderamente del planeta, o por lo menos de todo lo que de un planeta puede caber en un ojo.

La contemplación de las estrellas

Cuando hace una hermosa noche estrellada, el señor Palomar dice: —Debo ir a mirar las estrellas—. Dice exactamente: —Debo— porque detesta el despilfarro y cree que no es justo despilfarrar toda esa cantidad de estrellas que están a su disposición. Dice «Debo» también porque no es muy práctico en mirar las estrellas, y este simple acto le cuesta siempre cierto esfuerzo.

La primera dificultad es encontrar un lugar desde el cual pueda extender la mirada por toda la cúpula del cielo sin obstáculos y sin la intromisión de la luz eléctrica, por ejemplo, una playa marina solitaria en una costa muy baja.

Otra condición necesaria es llevar un mapa astronómico, sin el cual no sabría qué está mirando; pero de una vez a otra olvida cómo orientarlo y primero tiene que

ponerse a estudiarlo durante media hora. Para descifrar el mapa en la oscuridad debe llevar también una linterna de bolsillo. Los frecuentes cotejos del cielo y el mapa lo obligan a encender y apagar la linterna, y en esos pasos de la luz a la oscuridad se queda casi ciego y cada vez tiene que reacomodar la vista.

Si el señor Palomar utilizara un telescopio las cosas serían más complicadas en ciertos sentidos y más simples en otros; pero por el momento la experiencia que le interesa es la de mirar a simple vista, como los antiguos navegantes y los pastores trashumantes. A simple vista para él, que es miope, significa gafas; y como para leer el mapa tiene que quitárselas, las operaciones se complican con ese alzarlas y bajarlas y han de pasar algunos segundos antes de que su cristalino enfoque las estrellas verdaderas o las escritas. En el mapa los nombres de las estrellas están escritos en negro sobre fondo azul y hay que arrimar la linterna encendida pegándola a la página para descubrirlos. Cuando se alza la mirada al cielo, se lo ve negro, sembrado de vagos resplandores; sólo poco a poco las estrellas se fijan y disponen en dibujos precisos, y cuanto más se mira, más se ven aparecer.

Añádase que los mapas celestes que él necesita consultar son dos, y hasta cuatro: uno muy sintético del cielo ese mes, que presenta separadamente la media bóveda sur y la media bóveda norte; y uno de todo el firmamento, mucho más detallado, que muestra en una larga franja las constelaciones de todo el año para la parte mediana del cielo en torno al horizonte, mientras las del casquete que rodea la Estrella Polar figuran en un mapa circular anexo. En una palabra, localizar una estrella implica el cotejo de los distintos mapas y de la bóveda celeste, con todos los actos que lo acompañan: quitarse y ponerse las gafas, encender y apagar la linterna, desplegar y volver a doblar el mapa grande, perder y hallar los puntos de referencia.

Desde la última vez que el señor Palomar miró las estrellas han pasado semanas o meses; el cielo está todo cambiado; la Osa Mayor (es agosto) se estira casi hasta acostarse sobre la copa de los árboles al noroeste; Arturo cae a pico sobre el perfil de la colina arrastrando todo el barrilete de Bootes; exactamente al oeste está Vega, alta y solitaria; si Vega es aquélla, ésta sobre el mar es Altair y allá abajo está Deneb que manda un rayo friolento desde el cenit.

Esta noche el cielo parece mucho más atestado que cualquier mapa; las configuraciones esquemáticas resultan en la realidad más complicadas y menos netas; cada racimo podría contener el triángulo o la línea quebrada que estás buscando; y cada vez que vuelves a alzar los ojos hacia una constelación, parece un poco diferente.

Para reconocer una constelación, la prueba decisiva es ver cómo responde cuando la llaman. Más convincente que la coincidencia de distancias y con figuraciones como las dibujadas en el mapa, es la respuesta que el punto luminoso da al nombre que se le atribuye, la rapidez de su identificación con ese sonido hasta convertirlos en

una sola cosa. Los nombres de las estrellas para nosotros, huérfanos de toda mitología, parecen incongruentes y arbitrarios; y sin embargo no podrías nunca considerarlos intercambiables. Cuando el nombre que el señor Palomar ha encontrado es el justo, lo percibe en seguida, porque le da a la estrella una necesidad y una evidencia que antes no tenía; si en cambio es un nombre equivocado, la estrella lo pierde al cabo de pocos segundos, como si se lo sacudiera de encima, y no se sabe ya dónde estaba y quién era.

En varias oportunidades el señor Palomar decide que la Cabellera de Berenice (constelación que él ama) es este o aquel enjambre luminoso del lado del Serpentario; pero no vuelve a sentir la emoción de otras veces al reconocer aquel objeto tan suntuoso y sin embargo tan leve. Sólo después se da cuenta de que si no la encuentra es porque la Cabellera de Berenice de esta estación no se ve.

Una ancha parte del cielo está atravesada por estrías y manchas claras: la Vía Láctea cobra en agosto una consistencia densa y se diría que desborda de su alvéolo; lo claro y lo oscuro están tan mezclados que impiden el efecto de perspectiva de un abismo negro en cuya vacía lontananza sobresalen, en relieve, las estrellas; todo queda en el mismo plano: centelleo y nube plateada y tinieblas.

¿Es ésta la exacta geometría de los espacios siderales a la que tantas veces el señor Palomar ha sentido la necesidad de acudir para separarse de la Tierra, lugar de las complicaciones superfluas y de las aproximaciones confusas? Al estar realmente en presencia del cielo estrellado, todo parece escaparle. Aun aquello a que se creía más sensible, la pequeñez de nuestro mundo respecto de las distancias infinitas, no es tan patente. El firmamento es algo que está allá arriba, que se ve que existe, pero de lo cual no se puede tener ninguna idea de dimensión o de distancia.

Si los cuerpos celestes están cargados de incertidumbre, no queda sino fiarse de la oscuridad, de las regiones desiertas del cielo. ¿Qué puede haber más estable que la nada? Y, sin embargo, tampoco de la nada se puede estar seguro al cien por cien. Donde ve que ralea el firmamento, donde ve una brecha vacía y negra, Palomar fija la mirada como si se proyectara en ella; y entonces, aun allí cobra forma algún granito claro o manchita o peca; pero no llega a estar seguro de si existen de verdad o si le parece verlos. Tal vez es un fulgor como los que se ven girar cuando se tienen los ojos cerrados (el cielo oscuro es como el revés de los párpados surcado de fosfenos); tal vez, es un reflejo de sus gafas; pero podría también ser una estrella desconocida que emerge de las profundidades más remotas.

Esta observación de las estrellas transmite un saber inestable y contradictorio — piensa Palomar—, todo lo contrario del que sabían extraer los antiguos. ¿Será porque su relación con el cielo es intermitente y agitada, y no una serena costumbre? Si se obligase a contemplar las constelaciones noche a noche y año tras año, y a seguir su repetido curso a lo largo de los curvos rieles de la bóveda oscura, tal vez al final

también él conquistaría la noción de un tiempo continuo e inmutable, separado del tiempo lábil y fragmentario de los acontecimientos terrestres. ¿Pero bastaría estar atento a las revoluciones celestes para que le quedara esta impronta? ¿O no sería necesaria, sobre todo, una revolución interior, como la que podría suponer sólo en teoría, sin conseguir imaginar sus efectos sensibles sobre las emociones y sobre los ritmos de la mente?

Del conocimiento mítico de los astros sólo capta alguna cansada vislumbre; del conocimiento científico, los ecos divulgados por los diarios; de lo que sabe desconfía; lo que ignora mantiene su alma en suspenso. Abrumado, inseguro, se agita sobre los mapas celestes como sobre los horarios de trenes trashedados en busca de una coincidencia.

Ahora una flecha resplandeciente surca el cielo. ¿Un meteoro? Son éstas las noches en que es más frecuente ver estrellas fugaces. Pero muy bien podría ser un avión de línea iluminado. La mirada del señor Palomar se mantiene vigilante, disponible, desprendida de toda certeza.

Se queda media hora en la playa oscura, sentado en una perezosa, torciéndose hacia el sur o hacia el norte, encendiendo cada tanto la linterna y acercando la nariz a los mapas que ha desplegado sobre sus rodillas; después, echando la cabeza hacia atrás, recomienza la exploración partiendo de la Estrella Polar.

Sombras silenciosas se empiezan a mover en la arena; una pareja de enamorados se separa de la duna, un pescador nocturno, un guardián, un barquero. El señor Palomar oye un susurro. Mira a su alrededor: a pocos pasos se ha formado una pequeña multitud que observa sus movimientos como las convulsiones de un demente.

Palomar en la ciudad

Palomar en la terraza

Desde la terraza

—¡Sht! ¡Sht!—. El señor Palomar corre por la terraza para espantar a las palomas que se comen las hojas de la gazania, acribillan a picotazos las plantas grasas, se agarran con las patas a la cascada de campánulas, desgranar las moras, picotean hojita por hojita el perejil plantado en una caja cerca de la cocina, escarban y hurgan en las macetas desparramando la tierra y descubriendo las raíces, como si la única finalidad de sus vuelos fuera la devastación... A las palomas que alegraban en una época las plazas ha sucedido una progenie degenerada, sucia, infecta, ni doméstica ni salvaje, sino integrada en las instituciones públicas y como tal extinguido. El cielo de la ciudad de Roma está desde hace tiempo a merced de la superpoblación de estos lumpen emplumados, que hacen la vida difícil a cualquier otra especie de pájaro y oprimen el reino en otro tiempo libre y diverso del aire con sus monótonas, desplumadas libreas gris plomo.

Encerrada entre las hordas subterráneas de los ratones y el pesado vuelo de las palomas, la antigua ciudad se deja corroer por abajo y por arriba sin oponer más resistencia que antaño a las invasiones de los bárbaros, como si reconociese en ellos no el asalto de enemigos externos, sino los impulsos más oscuros y congénitos de la propia esencia interior.

La ciudad tiene también otra alma —una entre tantas— que vive del acuerdo entre viejas piedras y vegetación siempre nueva, en su compartir los favores del sol. Secundando esta buena disposición ambiental o *genius loci*, la terraza de la familia Palomar, isla secreta sobre los techos, sueña con concentrar bajo su pérgola la exuberancia de los jardines de Babilonia.

La lozanía de la terraza responde al deseo de todos los miembros de la familia, pero mientras a la señora Palomar le ha resultado natural transferir a las plantas su atención a las cosas singulares, escogidas y hechas exactamente para identificación interior y entrando así a componer un conjunto de variaciones múltiples, una colección emblemática, esta dimensión del espíritu falta a los otros familiares: a la hija porque la juventud no puede ni debe fijarse en el aquí, sino sólo en lo que está más allá; al marido porque ha llegado demasiado tarde a liberarse de las impacencias juveniles y a entender (sólo en teoría) que la única salvación reside en aplicarse a las

cosas que están ahí.

Las preocupaciones del cultivador, para quien lo que cuenta es esa planta determinada, esa determinada parcela de tierra expuesta al sol de tal hora a tal hora, esa determinada enfermedad de las hojas que se combate a tiempo con un determinado tratamiento, son extrañas a la mente forjada según los procedimientos de la industria, es decir, inclinada a decidir en función de planeamientos generales y de prototipos. Cuando Palomar se dio cuenta de lo aproximativos y condenados al error que eran los criterios de ese mundo en el que creía encontrar precisión y norma universal, volvió lentamente a construirse una relación con el mundo limitándola a la observación de las formas visibles; pero ahora era como era: seguía prestando a las cosas esa adhesión intermitente y lábil de las personas que parecen siempre ocupadas en pensar otra cosa, pero esa otra cosa no existe. A la prosperidad de la terraza contribuye corriendo de vez en cuando para espantar a las palomas. —¡Sht! ¡Sht!—, despertando en sí el sentimiento atávico de la defensa del territorio. Si en la terraza se posan pájaros diferentes de las palomas, el señor Palomar en vez de echarlos les da la bienvenida, cierra los ojos a los eventuales daños producidos por sus picos, los considera mensajeros de divinidades amigas. Pero estas apariciones son raras: una patrulla de cuervos se acerca a veces punteando el cielo de manchas negras y propagando (también el lenguaje de los dioses cambia con los siglos) un sentimiento de vida y de alegría. Después algún mirlo, gracioso y vivo; una vez un petirrojo; y los gorriones en su habitual papel de viandantes anónimos. Otras presencias de emplumados en la ciudad se dejan avistar desde más lejos: las escuadrillas de los migratorios, en el otoño, y las acrobacias, en verano, de golondrinas y vencejos. Cada tanto gaviotas blancas, remando en el aire con sus largas alas, avanzan hasta el mar seco de las tejas, tal vez extraviadas al remontar desde la desembocadura los recodos del río, tal vez absortas en un rito nupcial, y su grito marino desentona entre los rumores ciudadanos.

La terraza tiene dos niveles: un mirador o *belvédère* domina la barahúnda de los techos sobre los cuales el señor Palomar desliza una mirada de pájaro. Trata de pensar en el mundo tal como es visto por los volátiles; a diferencia de Palomar, para el pájaro el vacío se abre debajo, pero tal vez el pájaro no mira nunca hacia abajo, ve sólo a los lados, inclinando las alas, y su mirada, como la de Palomar, donde se dirija sólo encuentra techos más altos o más bajos, construcciones más o menos elevadas pero tan densas que no le permiten descender demasiado. Que allá abajo, encajonadas, existen calles y plazas, que el verdadero suelo es el que está al nivel del suelo, el señor Palomar lo sabe por otras experiencias; en ese momento, por lo que ve desde allá arriba, no podría sospecharlo.

La forma verdadera de la ciudad está en ese subir y bajar de los techos, tejas viejas y nuevas, acanaladas y chatas, cumbreras gráciles o pesadas, pérgolas de

cañizo o cobertizos de fibrocemento ondulado, barandillas, columnitas que sostienen macetas, albercas de chapa, tragaluces, lumbreras de vidrio, y sobre todas las cosas se alza la arboladura de las antenas de televisión, derechas o torcidas, esmaltadas u oxidadas, en modelos de generaciones sucesivas, diversamente ramificadas y retorcidas y aisladas, pero todas flacas como esqueletos e inquietantes como tótems. Separadas por irregulares y desiguales golfos de vacío, se enfrentan terrazas proletarias con cuerdas para tender la ropa y tomates plantados en barreños de zinc; terrazas residenciales con espalderas tapizadas de trepadoras sobre enrejados de madera, muebles de jardín de hierro esmaltado de blanco, toldos enrollables; campanarios echando al vuelo sus campanas; frontones de palacios públicos de frente y de perfil; áticos y sobreáticos, añadidos abusivos y no punibles; andamiajes metálicos de construcciones en curso o que han quedado por la mitad; ventanales con cortinas y ventanillas de retretes; paredes color ocre y color siena; paredes color moho de cuyas grietas dejan colgar sus hojas penachos de hierbas; cajas de ascensores; torres con ajimeces y tríforas; pináculos de iglesias con sus vírgenes; estatuas de caballos y cuadrigas; mansiones rebajadas a cuchitriles, cuchitriles reestructurados como *garçonnières*; y cúpulas que se redondean contra el cielo en todas direcciones y a cualquier distancia como para confirmar la esencia femenina, junónica, de la ciudad; cúpulas blancas o rosadas o violetas según la hora y la luz, veteadas de nervaduras, culminando en linternas coronadas por otras cúpulas más pequeñas.

Nada de todo esto puede ser visto por quien mueve sus pies o sus ruedas sobre el pavimento de la ciudad. E inversamente, desde aquí arriba se tiene la impresión de que la verdadera corteza terrestre es ésta, desigual pero compacta, a pesar de estar surcada de resquebrajaduras vaya a saber cómo de profundas, grietas o pozos o cráteres cuyos bordes vistos en perspectiva parecen apretados como las escamas de una piña, y ni siquiera se le ocurre a nadie preguntarse qué esconden en su fondo, porque es tanta y tan rica y variada la visión de superficie, que basta y sobra para saturar la mente de informaciones y de significados. Así razonan los pájaros, o por lo menos así razona, imaginándose pájaro, el señor Palomar. «Sólo después de haber conocido la superficie de las cosas —concluye—, se puede uno animar a buscar lo que hay debajo. Pero la superficie de las cosas es inagotable».

La panza de la salamanquesa

Como todos los veranos, la salamanquesa ha vuelto a la terraza. Un punto de observación excepcional le permite al señor Palomar verla no de dorso, como

estamos acostumbrados desde siempre a ver salamanquesas, lagartos verdes y lagartijas, sino de panza. En la sala de estar de la casa de los Palomar hay una pequeña ventana-vitrina que se abre a la terraza; en los anaqueles de esta vitrina se alinea una colección de vasos Art Nouveau; por la noche una lamparilla de 75 vatios ilumina los objetos; una planta de plumbago en la pared de la terraza deja colgar sus ramos celestes sobre el vidrio exterior; todas las noches, apenas se enciende la luz, la salamanquesa que vive debajo de las hojas se desplaza por el vidrio hasta el lugar donde brilla la lamparilla y se queda inmóvil como un lagarto al sol. Vuelan las mosquitas también atraídas por la luz; cuando una se le pone a tiro, el reptil se la traga.

El señor Palomar y la señora Palomar terminan cada noche por desplazar sus sillones de la televisión y acomodarlos junto a la vitrina; desde el interior de la habitación contemplan el perfil blanquecino del reptil sobre el fondo oscuro. La elección entre televisión y salamanquesa no siempre ocurre sin incertidumbres; cada uno de los dos espectáculos da informaciones que el otro no da; la televisión se mueve por los continentes recogiendo impulsos luminosos que describen la faz visible de las cosas; la salamanquesa en cambio representa la concentración inmóvil y el aspecto oculto, el revés de lo que se muestra a la vista.

Lo más extraordinario son las patas, verdaderas manos de dedos suaves, todos yema, que apretadas contra el vidrio se adhieren con sus minúsculas ventosas: los cinco dedos se ensanchan como pétalos de florecitas en un dibujo infantil, y cuando una pata se mueve, se recogen como una flor que se cierra, para volver después a estirarse y aplastarse contra el vidrio, haciendo aparecer estrías minúsculas semejantes a las de las huellas digitales. A la vez delicadas y fuertes, estas manos parecen contener tanta inteligencia potencial que les bastaría poder liberarse de la tarea de permanecer allí pegadas a la superficie vertical para adquirir las dotes de las manos humanas, que según dicen se volvieron hábiles cuando ya no tuvieron que colgarse de las ramas o apoyarse en el suelo.

Las patas replegadas parecen, más que rodillas, puros codos muelles capaces de levantar el cuerpo. La cola se adhiere al vidrio sólo en una franja central, donde se originan los anillos que la ciñen de un lado al otro y la convierten en un instrumento robusto y bien defendido; apoyada la mayor parte del tiempo, torpe e indolente, parece no tener más talento o ambición que servir de sostén subsidiario (nada que ver con la agilidad caligráfica de la cola de la lagartija), pero para el caso resulta ser reactiva y bien articulada y hasta expresiva.

De la cabeza son visibles la garganta vasta y vibrante, y a los lados los ojos salientes y sin párpados. La garganta es una superficie de arpillera floja que se extiende desde la punta del mentón dura y toda escamas como la de un caimán, hasta el vientre blanco que donde oprime el vidrio presenta también una granulosis

moteada, tal vez adhesiva.

Cuando una mosquita pasa cerca de la boca de la salamanesa, la lengua salta y traga, fulminante, dúctil y prensil, privada de forma y capaz de asumir cualquiera. Con todo, Palomar no está nunca seguro de haberla visto o no; lo que ciertamente ve, ahora, es la mosquita dentro de la garganta del reptil; el vientre apretado contra el vidrio iluminado es transparente como visto con rayos X; se puede seguir la sombra de la presa en su trayecto a través de las vísceras que la absorben.

Si todas las materias fueran transparentes, el suelo que nos sostiene, la envoltura que ciñe nuestros cuerpos, todo parecería no un aletear de velos impalpables, sino un infierno de trituraciones e ingestiones. Tal vez en este momento un dios de los infiernos situado en el centro de la Tierra nos observa desde abajo con su ojo que traspasa el granito, siguiendo el ciclo del vivir y del morir, las víctimas despedazadas que se deshacen en el vientre de los devoradores, hasta que a su vez otro vientre se los trague.

La salamanesa permanece inmóvil durante horas; con un fustazo de la lengua deglute cada tanto un mosquito o una mosquita; otros insectos, en cambio, idénticos a los primeros, que se posan ignorantes a pocos milímetros de su boca, parece no registrarlos. ¿Es porque la pupila vertical de sus ojos que divergen a los lados de su cabeza no los descubre? ¿O tiene motivos para elegir y rechazar que nosotros no conocemos? ¿O actúa movido por el azar o el capricho?

La segmentación en anillos de las patas y la cola, las minúsculas placas granuladas que puntean su cabeza y su vientre dan a la salamanesa una apariencia de artefacto mecánico, una máquina elaboradísima, estudiada en cada microscópico detalle, tanto que es como para preguntarse si tal perfección no será un despilfarro, vistas las operaciones limitadas que cumple. O tal vez es ése su secreto: satisfecha de ser, ¿reduce el hacer al mínimo? ¿Será ésta su lección, lo opuesto a la moral que en la juventud el señor Palomar quería para sí: tratar siempre de hacer algo un poco más allá de los propios medios?

Ahora se le pone a tiro una mariposita nocturna. ¿La pasa por alto? No, también la atrapa. La lengua se transforma en red de cazar mariposas y la mete dentro de la boca. ¿Cabe entera? ¿La escupe? ¿Estalla? No, la mariposa está ahí en la garganta: palpita, maltrecha pero todavía entera, no tocada por la ofensa de los dientes masticatorios; ahora supera las angustias del gástrico, es una sombra que inicia el viaje lento y trabajoso hacia abajo por un esófago hinchado.

La salamanesa, que ha salido de su impasibilidad, boquea, agita la garganta convulsa, se bambolea sobre las patas y la cola, retuerce el vientre sometido a dura prueba. ¿Tendrá bastante por esta noche? ¿Se marchará? ¿Era ésta la culminación de todos los deseos que esperaba satisfacer? ¿Era ésta la prueba en los límites de lo posible con la que quería medirse? No, no se va. Tal vez se ha dormido. ¿Cómo es el

sueño de quien tiene ojos sin párpados?

El señor Palomar tampoco puede despegarse de allí. Se queda mirándolo. No hay tregua con la que se pueda contar. Aun volviendo a encender la televisión, no se hace más que extender la contemplación de la matanza. La mariposa, frágil Eurídice, se hunde lentamente en su Hades. Ahora vuela una mosquita, está por posarse en el vidrio. Y la lengua de la salamanquesa se dispara.

La invasión de los estorninos

En Roma hay algo extraordinario que ver en este fin de otoño, y es el cielo atestado de estorninos. La terraza del señor Palomar es un buen sitio de observación desde el cual la mirada se dilata sobre los techos en un amplio sector de horizonte. De estos pájaros, el señor Palomar sólo sabe lo que ha oído decir al pasar: son cientos de miles de estorninos que se reúnen, procedentes del norte, a la espera de partir todos juntos a las costas de África. De noche duermen en los árboles de la ciudad, y el que estaciona el automóvil en el Lungotevere, por la mañana está obligado a lavarlo de arriba abajo.

Dónde van durante el día, qué función tiene en la estrategia de la migración este alto prolongado en una ciudad, qué significan para ellos estas inmensas reuniones vesperales, estos tiovivos aéreos como en una gran maniobra o un desfile, el señor Palomar no ha conseguido todavía entenderlo. Las explicaciones que se dan son todas un poco dudosas, condicionadas por hipótesis que oscilan entre varias alternativas; y es natural que sea así, tratándose de rumores que pasan de boca en boca, pero uno tiene la impresión de que también la ciencia que debería confirmarlas o desmentirlas es incierta, aproximativa. Dadas las circunstancias, el señor Palomar ha decidido limitarse a mirar, a fijar en sus mínimos detalles lo poco que consigue ver, ateniéndose a las ideas inmediatas que le sugiere lo que ve.

En el aire violeta del crepúsculo ve aflorar en una parte del cielo un polvillo finísimo, una nube de alas que vuelan. El señor Palomar comprende que son miles y miles: invaden la cúpula del cielo. Lo que hasta aquí le había parecido una inmensidad tranquila y vacía, resulta recorrida por presencias rapidísimas y ligeras. Visión tranquilizadora el paso de los pájaros migratorios, asociado en nuestra memoria ancestral con el armónico sucederse de las estaciones; en cambio, el señor Palomar tiene como un sentimiento de aprensión. ¿Será porque este cielo atestado nos recuerda que el equilibrio de la naturaleza se ha perdido? ¿O porque nuestro sentimiento de inseguridad proyecta por doquiera amenazas de catástrofes?

Cuando se piensa en los pájaros migratorios uno se imagina habitualmente una

formación de vuelo muy ordenada y compacta, que surca el cielo en una larga escuadra o falange en ángulo agudo, casi como una forma de pájaro compuesta de innumerables pájaros. Esta imagen no vale para los estorninos, o por lo menos para estos estorninos otoñales del cielo de Roma: se trata de una multitud aérea que parece como si estuviera siempre por clarear y dispersarse, granitos de un polvillo suspendido en un líquido, y en cambio se espesa como si por un conducto invisible siguiera entrando el chorro de partículas en remolino, aunque sin llegar a saturar la solución. La nube se dilata, ennegreciéndose de alas que se dibujan cada vez más nítidas en el cielo, señal de que se van acercando. En el interior de la bandada el señor Palomar distingue ya una perspectiva, debida al hecho de que algunos volátiles se ven muy cerca sobre su cabeza, otros lejos, otros más lejos todavía, y sigue descubriéndolos cada vez más minúsculos y puntiformes, durante kilómetros y kilómetros, se diría, atribuyendo a la distancia entre uno y otro una medida casi igual. Pero esta ilusión de regularidad es traidora, porque nada es más difícil de evaluar que la densidad de distribución de los pájaros en vuelo: allí donde la compacidad de la bandada parece que está por oscurecer el cielo, entre un ave y otra se abren vorágines de vacío. Si se detiene unos minutos a observar la disposición de los pájaros uno en relación con el otro, el señor Palomar se siente preso en una trama cuya continuidad se extiende uniforme y sin brechas, como si también él formara parte de ese cuerpo en movimiento compuesto de centenares y centenares de cuerpos separados, pero cuyo conjunto constituye un objeto unitario, como una nube o una columna de humo o un surtidor, algo que aun en la fluidez de su sustancia alcanza en la forma una solidez propia. Pero basta que siga con la mirada una sola ave para que la disociación de los elementos vuelva a tomar la delantera y entonces la corriente que lo transportaba, la red que lo sostenía se disuelven y el efecto es de vértigo en la boca del estómago.

Esto sucede por ejemplo cuando el señor Palomar, después de haberse convencido de que la bandada en conjunto vuela hacia él, dirige la mirada hacia un pájaro que en cambio se está alejando, y de éste a otro que también se aleja pero en una dirección diferente, y en poco tiempo comprende que todos los volátiles que le parecía que se acercaban, en realidad escapan en todas direcciones, como si él se encontrara en el centro de una explosión. Pero le basta volver los ojos hacia otra zona del cielo y allí se van concentrando, como cuando un imán escondido debajo de un papel atrae las limaduras de hierro componiendo dibujos que por momentos se oscurecen, por momentos se aclaran y al final se deshacen y dejan en la hoja blanca un moteado de fragmentos dispersos. Finalmente una forma emerge del confuso batir de alas, avanza, se espesa: es una forma circular, como una esfera, una burbuja, el globo de un personaje de historieta que piensa en un cielo lleno de pájaros, un alud de alas que gira en el aire y abarca a todos los pájaros que vuelan en torno. Esta esfera constituye

en el espacio uniforme un territorio especial, un volumen en movimiento dentro de cuyos límites —que sin embargo se dilatan y contraen como una superficie elástica— los estorninos pueden seguir volando cada uno en su propia dirección, con tal de no alterar la forma circular del conjunto.

En cierto momento el señor Palomar nota que el número de seres remolineantes en el interior del globo va aumentando rápidamente como si una corriente velocísima le transvasase una nueva población con la rapidez de la arena en una clepsidra. Es otra bandada de estorninos que adopta también una forma esférica dilatándose en el interior de la forma precedente. Pero se diría que la cohesión de la bandada no resiste más allá de ciertas dimensiones: en realidad el señor Palomar observa ya una dispersión de volátiles en los bordes, más aún, verdaderas brechas que se abren y van desinflando la esfera. Apenas tiene tiempo de recibirlo y la figura ya se ha disuelto.

Las observaciones sobre los pájaros continúan y se multiplican a un ritmo tal que para reordenarlas en la mente el señor Palomar siente la necesidad de comunicarlas a los amigos. También los amigos tienen algo que decir sobre la cuestión, porque a cada uno le ha ocurrido interesarse en el fenómeno o también en ellos se ha despertado ese interés después de que el señor Palomar ha hablado del tema. Es un asunto que no se puede considerar jamás agotado y cuando uno de los amigos cree haber visto algo nuevo o tiene que rectificar una impresión anterior, se siente obligado a telefonar enseguida a los otros. Así corre por la red telefónica un ir y venir de mensajes mientras surcan el cielo escuadras de volátiles.

—¿Viste cómo consiguen siempre evitarse aun cuando vuelan más apretados, aun cuando sus recorridos se cruzan? Se diría que tienen un radar.

—No es cierto. He encontrado en el pavimento pájaros maltrechos, agonizantes o muertos. Son las víctimas de los choques en vuelo, inevitables cuando la densidad es demasiado grande.

—Ya sé por qué al atardecer siguen volando todos juntos sobre esta zona de la ciudad. Son como los aviones que giran sobre el aeropuerto hasta que reciben la señal de vía libre para aterrizar. Por eso los vemos volar alrededor tanto tiempo; esperan su turno para posarse en los árboles donde pasarán la noche.

—He visto cómo hacen cuando caen sobre los árboles. Giran, giran por el cielo en espiral, precipitándose uno por uno velocísimos hacia el árbol que han elegido para después frenar bruscamente y posarse en la rama.

—No, los atascos del tráfico aéreo no pueden ser un problema. Cada pájaro tiene un árbol que es el suyo, su rama y su lugar en la rama. Lo distingue desde arriba y se arroja.

—¿Tienen la vista tan aguda?

—Y cómo.

No son nunca llamadas largas, inclusive porque el señor Palomar está impaciente

por volver a la terraza, como si tuviese miedo de perder alguna fase decisiva.

Ahora se diría que los pájaros ocupan solamente aquella parte del terreno invadida todavía por los rayos del sol crepuscular. Pero mirando mejor se nota que el espesarse y el clarear de los volátiles se devana como una larga cinta agitándose en zigzag. Donde la cinta se curva la bandana parece más densa, como un enjambre de abejas; en cambio, donde se alarga sin torcerse es sólo un moteado de vuelos dispersos.

Hasta que desaparece la última luminosidad del cielo; una marea de oscuridad sube del fondo de las calles para sumergir el archipiélago de tejas y cúpulas y terrazas y áticos y miradores y campanarios; y la suspensión de alas negras de los invasores celestes se precipita hasta confundirse con el pesado vuelo de las estólidas, defecantes palomas ciudadanas.

Palomar hace las compras

Un kilo y medio de grasa de ganso

La grasa de ganso se presenta en frascos de vidrio, cada uno de los cuales contiene, según reza un rótulo escrito a mano: «Una pata y un ala de ganso cebado, grasa de ganso, sal y pimienta. Peso neto: un kilo quinientos gramos». En la espesa y suave blancura que colma los frascos se atenúa el estridor del mundo; una sombra parda sube del fondo y como en la niebla del recuerdo deja transparentar los miembros sueltos del ganso, desvanecido en su grasa.

El señor Palomar hace la cola en una *charcuterie* de París. Son las fiestas, pero aquí la multitud de clientes es habitual aun en épocas menos canónicas, porque es uno de los buenos negocios gastronómicos de la ciudad que ha sobrevivido milagrosamente en un barrio donde el achatamiento del comercio de masas, los impuestos, los bajos ingresos de los consumidores y ahora la crisis, han desmantelado una por una las viejas tiendas sustituyéndolas por anónimos supermercados.

Mientras espera en fila, el señor Palomar contempla los frascos. Trata de encontrar en sus recuerdos un lugar para el *cassoulet*, pingüe estofado de carne y alubias en el que la grasa de ganso es un ingrediente esencial; pero ni la memoria del paladar ni la cultural le son de ayuda. Y sin embargo el nombre, la visión, la idea lo atraen, despiertan un instantáneo fantaseo no tanto de la gula como del eros: de una montaña de grasa de ganso aflora una figura femenina, untada de blanco la piel rosada y él ya se imagina a sí mismo abriéndose paso en su dirección entre esos densos aludes y abrazándola y hundiéndose con ella.

Rechaza el pensamiento incongruente, alza la mirada al cielorraso empavesado de salamis que cuelgan en guirnaldas navideñas como frutos en las ramas del país de cucaña. Todo alrededor, en los estantes de mármol, la abundancia triunfa en las formas elaboradas de la civilización y del arte. En las tajadas de paté de venado las carreras y los vuelos de las landas se fijan para siempre y se subliman en un tapiz de sabores. Las galantinas de faisán se extienden en cilindros gris rosado coronados, para probar la autenticidad del propio origen, por dos patas de ave como garras protuberantes en un blasón heráldico o un mueble renacentista.

A través de las envolturas de gelatina asoman los grandes lunares de trufas negras alineados como botones en la casaca de un Pierrot, como notas de una partitura,

constelando los rosados, abigarrados arriates de los patés de *foie gras*, de las sobrasadas, de las terrines, las galantinas, los abanicos de salmón, los corazones de alcachofa guarnecidos como trofeos. El motivo conductor de las rodajas de trufa unifica la variedad de las sustancias como el negro de los trajes de gala asomando en un baile de máscaras, y certifica el atavío festivo de los manjares.

Gris y opaca y agria es en cambio la gente que se abre paso entre los mostradores, separada de las dependientas vestidas de blanco, más o menos viejas, de brusca eficiencia. El esplendor de los medallones de salmón con sus radios de mayonesa desaparece tragado por las oscuras bolsas de los clientes. Naturalmente, cada uno y cada una de ellos sabe exactamente lo que quiere, apunta derecho a su objetivo con una determinación sin incertidumbres, y rápidamente desmantela montañas de *vol-au-vent*, de morcillas blancas, de cervelás.

El señor Palomar quisiera sorprender en sus miradas un reflejo de la fascinación por aquellos tesoros, pero los rostros y los gestos son impacientes y huidizos, de seres concentrados en sí mismos, los nervios tensos, preocupados de lo que hay y de lo que no hay. Nadie le parece digno de la gloria pantagruélica que se despliega a lo largo de las vitrinas y sobre los mostradores. Una avidez sin alegría ni juventud los impulsa; y sin embargo un vínculo profundo, atávico, existe entre ellos y aquellos alimentos, consustanciales con ellos, carne de su carne.

Se da cuenta de que siente algo muy parecido a los celos; quisiera que desde sus fuentes los patés de pato y de liebre demostraran preferirlo a él y no a los otros, que reconocieran en él al único digno de sus dones, esos dones que la naturaleza y la cultura han transmitido durante milenios y que no deben caer en manos profanas. El sagrado entusiasmo que lo invade, ¿no es tal vez la señal de que él es el elegido, el tocado por la gracia, el único que merece la profusión de los bienes que desbordan de la cornucopia del mundo?

Mira a su alrededor esperando oír la vibración de una orquesta de sabores. No, nada vibra. Todas esas exquisiteces despiertan en él recuerdos aproximativos e indistintos, su imaginación no asocia instintivamente los sabores a las imágenes y a los nombres. Se pregunta si su glotonería no es sobre todo mental, estética, simbólica. Tal vez, por sincera que sea su preferencia por las galantinas, las galantinas no lo prefieren. Sienten que su mirada transforma todos los manjares en un documento de la civilización, en un objeto de museo.

El señor Palomar quisiera que la cola avanzase más rápido. Sabe que si pasa unos minutos más en ese negocio, terminará por convencerse de que es él el profano, el forastero, él el excluido.

El museo de los quesos

El señor Palomar hace la cola en una tienda de quesos, en París. Quiere comprar ciertos quesitos de cabra que se conservan en aceite dentro de pequeños botes transparentes, condimentados con diversas especias y hierbas. La fila de clientes avanza a lo largo de un mostrador donde se exponen ejemplares de las especialidades más insólitas y dispares. Es un negocio cuyo surtido parece querer documentar cualquier forma de producto lácteo pensable; ya la enseña, «*Spécialités fromagères*», con ese raro adjetivo arcaico o vernáculo, advierte que allí se custodia el patrimonio de un saber acumulado por una civilización a través de toda su historia o geografía.

Tres o cuatro muchachas de delantal rosado atienden a los clientes. Apenas una queda libre, toma a su cargo al primero de la fila y lo invita a declarar sus deseos; el cliente nombra y más a menudo señala, desplazándose en el negocio hacia el objeto de sus apetitos precisos y competentes. En ese momento toda la fila da un paso adelante; y el que hasta ese momento estaba junto al Bleu d'Auvergne veteadado de verde, se encuentra a la altura del Brin d'amour cuya blancura retiene briznas de paja seca pegadas; el que contemplaba una bola envuelta en hojas puede concentrarse en un cubo espolvoreado de ceniza. Hay quien de los encuentros de estas fortuitas etapas extrae inspiraciones para nuevos estímulos y nuevos deseos: cambia de idea sobre lo que estaba por pedir o añade una nueva voz a su lista; y hay quien no se deja distraer ni un instante del objetivo que persigue y cualquier sugestión diferente que se le presenta le sirve sólo para delimitar, por exclusión, el campo de lo que tercamente quiere.

El ánimo de Palomar oscila entre impulsos contrastados: el que tiende a un conocimiento completo, exhaustivo, y sólo podría satisfacerse saboreando todas las variedades; o el que tiende a una selección absoluta, a la identificación del queso que es sólo suyo, un queso que seguramente existe aunque todavía no sepa reconocerlo (no sepa reconocerse en él).

A menos que no se trate de escoger el propio queso, sino de ser escogido. Hay una relación recíproca entre queso y cliente: todo queso espera su cliente, se presenta de manera de atraerlo, con una capacidad o granulosidad un poco altanera, o por el contrario, derritiéndose en un sumiso abandono.

Una sombra de complicidad viciosa aletea en torno: el refinamiento gustativo y sobre todo olfativo conoce sus momentos de relajo, de encanallamiento, en que los quesos en sus bandejas parecen ofrecerse como en los divanes de un burdel. Una risita perversa aflora en la complacencia de envilecer el objeto de la propia glotonería con motes infamantes: *crottin*, *boule de moine*, *bouton de culotte*.

No es éste el tipo de conocimiento que el señor Palomar se inclina más a profundizar: a él le bastaría establecer la simplicidad de una relación física directa

entre hombre y queso. Pero si en el lugar de los quesos ve nombres de quesos, conceptos de quesos, significados de quesos, historias de quesos, contextos de quesos, psicologías de quesos, si —más que saber— presiente que detrás de cada queso hay todo eso, entonces su relación se vuelve muy complicada.

La quesería se presenta a Palomar como una enciclopedia a un autodidacta: podría memorizar todos los nombres, intentar una clasificación según las formas —de jabón, de cilindro, de cúpula, de bola—, según la consistencia —seco, mantecoso, cremoso, veteadado, compacto—, según los materiales extraños que intervienen en la corteza o en la pasta —pasas de uva, pimienta, nueces, sésamo, hierbas, moho—, pero esto no lo acercaría un paso al verdadero conocimiento que reside en la experiencia de los sabores, hecha de memoria y de imaginación juntas, y solamente a partir de ella podría establecer una escala de gustos y preferencias y curiosidades y exclusiones.

Detrás de cada queso hay un pastizal de un verde diferente bajo un cielo diferente: prados con una costra de sal que las mareas de Normandía depositan cada noche; prados perfumados de hierbas aromáticas al sol ventoso de Provenza; hay diferentes rebaños con sus estabulaciones y trashumancias; hay secretos de elaboración transmitidos a través de los siglos. Este negocio es un museo: el señor Palomar visitándolo siente, como en el Louvre, detrás de cada objeto expuesto la presencia de la civilización que le ha dado forma y que de él toma forma.

Este negocio es un diccionario; la lengua es el sistema de los quesos en su conjunto: una lengua cuya morfología registra declinaciones y conjugaciones en innumerables variantes, y cuyo léxico presenta una riqueza inagotable y matices de significado, como todas las lenguas nutridas del aporte de cien dialectos. Es una lengua hecha de cosas; la nomenclatura es sólo su aspecto exterior, instrumental; pero para el señor Palomar, apoderarse un poco de la nomenclatura sigue siendo siempre la primera medida que debe adoptar si quiere detener un momento las cosas que se deslizan delante de sus ojos.

Saca del bolsillo una libreta, un lápiz, comienza a escribir nombres, a indicar junto a cada nombre algunas cualidades que permitan evocar la imagen en la memoria; trata incluso de trazar un boceto sintético de la forma. Escribe Pavé d'Airvault, anota «moho verde», dibuja un paralelepípedo chato y en un lado anota «4 cm circa»; escribe St. Maure, anota «cilindro gris granuloso con un palito dentro», y lo dibuja, midiéndolo a simple vista «20 cm»; después escribe Chabichou y dibuja un pequeño cilindro.

—¡Monsieur! ¡Huhu! ¡Monsieur!

Una joven quesera vestida de rosa está delante de él, absorto en su libreta. Es su turno, le toca a él, en la fila a sus espaldas todos observan su incongruente comportamiento y sacuden la cabeza con el aire entre irónico e impaciente con que

los habitantes de las grandes ciudades consideran el número cada vez mayor de débiles mentales que dan vueltas por las calles.

El pedido elaborado y goloso que tenía intención de hacer se le escapa de la memoria; balbucea; condesciende a lo más obvio, a lo más trivial, a lo más publicitado, como si los automatismos de la civilización de masa no esperaran sino ese momento suyo de incertidumbre para volver a tenerlo a su merced.

El mármol y la sangre

Las reflexiones que la carnicería inspira a quien entra con la bolsa de la compra implican conocimientos transmitidos a través de los siglos en varias ramas del saber: la adecuación de las carnes y de los cortes, el mejor modo de cocinar cada trozo, los ritos que permiten aplacar el remordimiento por la destrucción de otras vidas a fin de nutrir la propia. La sabiduría carniceril y la culinaria pertenecen a las ciencias exactas, verificables mediante experimentos teniendo en cuenta las costumbres y las técnicas que varían de un país a otro; la sabiduría sacrificial en cambio está dominada por la incertidumbre, y además ha caído en el olvido desde hace siglos, pero pesa sobre la conciencia oscuramente como exigencia inexpresada. Una devoción reverente por todo lo que a la carne respecta guía al señor Palomar que se apresta a comprar tres bistecs. Entre los mármoles de la carnicería se detiene como en un templo, consciente de que su existencia individual y la cultura a la que pertenece están condicionadas por este lugar.

La fila de los clientes se desliza lentamente a lo largo del alto mostrador de mármol, a lo largo de las ménsulas y las bandejas donde se alinean los cortes de carne, clavado en cada uno el cartel con el precio y el nombre. Se suceden el rojo vivo de la vaca, el rosado claro de la ternera, el rojo apagado del cordero, el rojo oscuro del cerdo. Se incendian vastos costillares, redondos tournedos todos envueltos en una cinta de tocino, filetes ágiles y esbeltos, costillas armadas de su mango de hueso, lomos macizos y sin pizca de grasa, trozos para hervir con sus estratos magros y grasos, piezas para asar a la espera del cordel que las obligue a concentrarse en sí mismas; después los colores se atenúan: escalopes de ternera, solomillos, trozos de paleta y de pecho, ternillas; y ahora entramos en el reino de las patas y las paletas de cordero; más allá blanquea el mondongo, un hígado negrea...

Detrás del mostrador, los carniceros de blanco blanden las hachas trapezoidales, las cuchillas de rebanar y las de desollar, las sierras para cortar los huesos, la maza con la que aprietan los serpeantes rizos rosados en el embudo de la máquina de picar. De los ganchos cuelgan reses descuartizadas para recordarte que cada bocado tuyo es

parte de un ser que ha sido arbitrariamente arrebatado a su integridad viviente.

En un gran cartel colgado en la pared, el perfil de una vaca es como un mapa geográfico recorrido por líneas de frontera de las áreas comestibles que abarcan la entera anatomía del animal, excluidos cuernos y pezuñas. El mapa del hábitat humano es éste, tanto como el planisferio del planeta, protocolos ambos que deberían ratificar los derechos que el hombre se ha atribuido, de posesión, partición y devoración sin residuos de los continentes terrestres y de los lomos del cuerpo animal.

Es preciso decir que la simbiosis hombre-vaca ha alcanzado con los siglos un equilibrio propio (permitiendo que las dos especies sigan multiplicándose) aunque sea asimétrico: es cierto que el hombre vela por la subsistencia de la vaca, pero no está obligado a ofrecérselo como alimento y ha garantizado el florecer de la civilización llamada humana, que al menos para un sector debería llamarse humano-vacuna (coincidiendo en parte con la humano-ovina y aún más parcialmente con la humano-porcina, según las alternativas de una complicada geografía de interdicciones religiosas). El señor Palomar participa de esta simbiosis con lúcida conciencia y pleno consentimiento: aun reconociendo en la res de la vaca la persona del propio hermano descuartizado, en el corte del lomo la herida que mutila la propia carne, sabe que es carnívoro, que está condicionado por su tradición alimentaria para recoger en una carnicería la promesa de la felicidad gustativa, para imaginar observando esas lonjas rojizas las paralelas que la llama dejará en los bistecs a la parrilla y el placer del diente al romper la fibra ennegrecida.

Un sentimiento no excluye el otro: el estado de ánimo de Palomar que hace la cola en la carnicería es al mismo tiempo de alegría contenida y de temor, de deseo y de respeto, de preocupación egoísta y de compasión universal, el estado de ánimo que tal vez otros expresan en la plegaria.

Palomar en el zoo

La carrera de las jirafas

En el zoo de Vincennes el señor Palomar se detiene delante del recinto de las jirafas. Cada tanto las jirafas adultas echan a correr seguidas por las jirafas niñas, se lanzan a la carga casi hasta la alambrada del recinto, giran sobre sí mismas, repiten el recorrido a la carrera dos o tres veces, se detienen. El señor Palomar no se cansa de observar a las jirafas corriendo, fascinado por la desarmonía de sus movimientos. No consigue decir si galopan o si trotan, porque el paso de las patas posteriores no tiene nada que ver con el de las anteriores. Las patas anteriores, descoyuntadas, se arquean hasta el pecho y se van descuajaringando hasta el suelo, como si no supieran cuáles de tantas articulaciones plegar en ese determinado segundo. Las posteriores, mucho más cortas y rígidas, siguen detrás a saltos, un poco al sesgo, como si fueran piernas de palo o muletas que cojean, pero como en broma, como sabiendo que son cómicas. Entretanto el cuello estirado ondula hacia arriba y hacia abajo, como el brazo de una grúa, sin que se pueda establecer una relación entre los movimientos de las patas y éste del cuello. Hay también una sacudida de la grupa, pero no es sino el movimiento del cuello que hace palanca sobre el resto de la columna vertebral.

La jirafa parece un mecanismo construido juntando piezas procedentes de máquinas heterogéneas, pero que sin embargo funciona perfectamente. El señor Palomar, que sigue observando la carrera de las jirafas, consigue entender la complicada armonía que comanda ese pataleo inarmónico, la proporción interna que liga entre sí las más llamativas desproporciones anatómicas, la gracia natural que nace de esos movimientos desgarbados. El elemento unificador está dado por las manchas del pelaje, dispuestas en figuras irregulares pero homogéneas, de contornos netos y angulosos; éstos se avienen como exacto equivalente gráfico de los movimientos segmentados del animal. Más que de manchas habría que hablar de un manto negro cuya uniformidad está interrumpida por nervaduras claras que se abren siguiendo un dibujo en losanges: una discontinuidad de pigmentación que anuncia ya la discontinuidad de los movimientos.

En ese momento la niña del señor Palomar, cansada hace rato de mirar las jirafas, lo arrastra hacia la gruta de los pingüinos. El señor Palomar, a quien los pingüinos le angustian, la sigue de mala gana y se pregunta el porqué de su interés por las jirafas.

Tal vez porque el mundo a su alrededor se mueve de un modo inarmónico y siempre espera descubrir en él un diseño, una constante. Tal vez porque él mismo siente que procede impulsado por movimientos de la mente no coordinados, que parecen no tener nada que ver el uno con el otro y que es cada vez más difícil hacer cuadrar en un modelo cualquiera de armonía interior.

El gorila albino

En el zoo de Barcelona existe el único ejemplar conocido de mono albino, un gorila del África ecuatorial. El señor Palomar se abre paso entre la multitud que se apiña delante del pabellón. Del otro lado de una vidriera, «Copito de Nieve» (así lo llaman) es una montaña de carne y pelo blanco. Sentado contra una pared toma el sol. La máscara facial es de un rosado humano, cincelada de arrugas; también el pecho muestra una piel lampiña y rosada, como la de los hombres de raza blanca. El rostro de facciones enormes, de gigante triste, cada tanto se vuelve hacia la multitud de visitantes que están del otro lado del vidrio, a menos de un metro de distancia; una lenta mirada cargada de desolación y paciencia y tedio, una mirada que expresa toda la resignación de ser como se es, único ejemplar en el mundo de una forma no elegida, no amada, toda la fatiga de cargar con la propia singularidad, toda la pena de ocupar el espacio y el tiempo con la propia presencia tan embarazosa y llamativa.

La vidriera permite ver un recinto rodeado de altas paredes de mampostería que le dan un aspecto de patio de cárcel pero que es en realidad el «jardín» de la casa-jaula de los gorilas, de cuyo suelo se levantan un árbol bajo sin hojas y una escala de hierro de gimnasio. Más allá en el patiecillo está la hembra, una gran gorila negra con un cachorro también negro en los brazos: la blancura del pelaje no se hereda; «Copito de Nieve» sigue siendo entre todos los gorilas el único albino.

Canoso e inmóvil, el mono evoca en la mente del señor Palomar una antigüedad inmemorial, como las montañas o las pirámides. En realidad es un animal todavía joven y sólo el contraste entre la cara rosada y el corto pelo cándido que la enmarca y sobre todo las arrugas todo alrededor de los ojos, le dan la apariencia de un anciano venerable. Por lo demás, el aspecto de «Copito de Nieve» presenta menos semejanzas con el hombre que el de los otros primates: en el lugar de la nariz las narinas excavan un doble abismo; las manos, peludas y —se diría— poco articuladas, en el extremo de brazos muy largas y rígidos, son todavía en realidad patas, y como tales el gorila las usa para andar, apoyándolas en el suelo como un cuadrúpedo.

Ahora esos brazos-patas aprietan contra el pecho la cubierta de un neumático de auto. En el enorme vacío de sus horas, «Copito de Nieve» no abandona nunca la

cubierta. ¿Qué será ese objeto para él? ¿Un juguete? ¿Un fetiche? ¿Un talismán? A Palomar le parece entender perfectamente al gorila, su necesidad de una cosa que apretar mientras todo se le escapa, una cosa con que aplacar la angustia del aislamiento, de la diversidad, de la condena a ser considerado siempre un fenómeno viviente, tanto por sus hembras y sus hijos como por los visitantes del zoo.

También la hembra tiene una cubierta de auto, pero es para ella un objeto de uso con el que su relación es práctica y sin problemas: en ella se sienta como en una butaca a tomar el sol mientras espulga a su hijito. Para «Copito de Nieve» en cambio el contacto con el neumático parece ser algo afectivo, algo posesivo y en cierto modo simbólico. Desde allí se le puede abrir una rendija hacia lo que es para el hombre la busca de un camino de salida de la zozobra de vivir: invertirse a sí mismo en las cosas, reconocerse en los signos, transformar el mundo en un conjunto de símbolos, casi un primer albor de la cultura en la larga noche biológica. Para esto el gorila albino dispone sólo de una cubierta de coche, un artefacto de la producción humana, extraño a él, privado de toda potencialidad simbólica, desnudo de significados, abstracto. No se diría que su contemplación dé para mucho. Y sin embargo, ¿qué mejor que un círculo vacío para asumir todos los significados que se quiera atribuirle? Tal vez ensimismándose en él el gorila está a punto de alcanzar en el fondo del silencio las fuentes de las que brota el lenguaje, de establecer un flujo de relaciones entre sus pensamientos y la irreductible, sorda evidencia de los hechos que determinan su vida...

Ya fuera del zoo, el señor Palomar no puede quitarse de la cabeza la imagen del gorila albino. Trata de hablar de él con cualquiera que se le cruce en el camino, pero no consigue que nadie le escuche. Por la noche, tanto en las horas de insomnio como en sus breves sueños, sigue apareciéndosele el mono. «Así como el gorila tiene su neumático que le sirve de apoyo tangible para un delirante discurso sin palabras — piensa—, así yo tengo esta imagen de un mono blanco. Todos hacemos girar entre las manos una vieja cubierta vacía mediante la cual quisiéramos alcanzar el sentido último al que las palabras no llegan».

El orden de los escamados

El señor Palomar quisiera entender por qué le atraen las iguanas; en París va de cuando en cuando a visitar el reptiliario del Jardin des Plantes; jamás sale decepcionado; lo que el espectáculo de la iguana tiene en sí de extraordinario y aun de único, le parece bien claro; pero siente que hay algo más y no sabe qué.

La Iguana iguana está cubierta de una piel verde como tejida de minúsculas

escamas moteadas. Le sobra piel: en el cuello, en las patas, forma pliegues, bolsas, bullones, como un traje que debería adherirse al cuerpo pero que cuelga por todas partes. A lo largo de la espina dorsal se alza una cresta dentada que continúa en la cola; la cola es también verde hasta determinado punto; después, a medida que se alarga se va destiñendo y se segmenta en anillos de color alternado: marrón claro y marrón oscuro. En el hocico con escamas verdes, el ojo se abre y se cierra, y ese ojo «evolucionado», dotado de mirada, de atención, de tristeza es lo que da idea de que hay otro ser escondido bajo esa apariencia de dragón: un animal más parecido a aquellos con los que estamos en confianza, una presencia viviente menos distante de nosotros de lo que parece...

Después otras crestas espinosas bajo el mentón, en el cuello dos placas blancas y redondas como de aparato acústico: una cantidad de accesorios y adminículos, refinamientos y guarniciones defensivas, un muestrario de formas disponibles en el reino animal y tal vez también en los otros reinos, demasiadas cosas para encontrarlas todas en un solo animal, ¿qué diablos hacen?, ¿sirven para enmascarar a alguien que nos está mirando desde allí dentro?

Las extremidades anteriores con sus cinco dedos harían pensar más en garras que en manos si no estuvieran implantadas en verdaderos brazos, musculosos y bien modelados; no así las posteriores, largas y blandas, con dedos como acodos vegetales. Pero el animal en conjunto, aun desde el fondo de su resignado, inmóvil torpor, comunica una imagen de fuerza. El señor Palomar se ha detenido en la vitrina de la Iguana iguana después de contemplar la de las diez pequeñas iguanas montadas la una sobre la otra, que cambian continuamente de posición con ágiles movimientos de codos y rodillas, y se extienden todas cuan largas son: la piel de un verde brillante, con un puntito color cobre en el lugar de las branquias, una barba blanca crestada, ojos claros abiertos en torno a la pupila negra. Después el varano de las sabanas, que se esconde en la arena de su mismo color; el tegu o tupinambis negro amarillento, casi un caimán; el cordilo gigante africano de escamas puntiagudas y espesas como pelo u hojas, del color del desierto, tan concentrado en su tentativa de excluirse del mundo que se enrosca en círculo apretando la cola contra la cabeza. El caparazón verde gris por arriba y blanca por abajo de una tortuga sumergida en el agua de una caja transparente parece blanda, carnosa; el hocico puntudo se asoma como por el cuello de un suéter. La vida en el pabellón de los reptiles parece un despilfarro de formas sin estilo y sin plan donde todo es posible, y animales y plantas y rocas intercambian escamas, aguijones, concreciones, pero entre las infinitas combinaciones posibles sólo algunas —tal vez justamente las más increíbles— se fijan, resisten al flujo que las deshace y mezcla y plasma; y de pronto cada una de estas formas se convierte en centro de un mundo, separada para siempre de las otras, como aquí en la fila de jaulas-vitrinas del zoo, y en ese número finito de modos de

ser, cada uno identificado en su monstruosidad y necesidad y belleza, consiste el orden, el único orden reconocible en el mundo. La sala de las iguanas del Jardín de las Plantas con sus vitrinas iluminadas, donde reptiles en duermevela se esconden entre ramas y rocas y arena de su selva originaria o del desierto, se espeja el orden del mundo, sea reflejo en tierra del cielo de las ideas o manifestación exterior del secreto de la naturaleza de las cosas, de la norma escondida en el fondo de lo que existe.

¿Es este ambiente, más que los reptiles en sí, lo que oscuramente atrae al señor Palomar? Un calor húmedo y blando impregna el aire como una esponja; un hedor acre, pesado, ligeramente pútrido obliga a contener la respiración; la sombra y la luz se estancan en una mezcla inmóvil de días y de noches: ¿son éstas las sensaciones de quien se asoma fuera de lo humano? Del otro lado del vidrio de cada jaula está el mundo anterior al hombre, o posterior, para demostrar que el mundo del hombre no es eterno y no es el único. ¿Para comprobarlo con sus propios ojos pasa el señor Palomar revista a esos cubículos donde duermen las pitones, las boas, los crótalos del bambú, las culebras arborícolas de las Bermudas?

Pero de los mundos de los que está excluido el hombre, cada vitrina es un muestrario mínimo, arrancado de una continuidad natural que podría también no haber existido nunca, pocos metros cúbicos de atmósfera que mantienen a cierto grado de temperatura y humedad unos dispositivos complicados. Por lo pronto, cada ejemplar de este bestiario antediluviano es mantenido artificialmente en vida, casi como si fuera una hipótesis de la mente, un producto de la imaginación, una construcción del lenguaje, una argumentación paradójica destinada a demostrar que el único mundo verdadero es el nuestro... Como si sólo ahora el olor de los reptiles resultase insoportable, el señor Palomar siente de pronto el deseo de salir al aire libre. Debe cruzar la gran sala de los cocodrilos, donde se alinea una fila de estanques separados por barreras. En la parte seca al lado de cada estanque yacen los cocodrilos, solos o en pareja, de color apagado, rechonchos, bastos, horribles, pesadamente tumbados, achatados contra el suelo en toda la extensión de los largos hocicos crueles, de los fríos vientres, de las anchas colas. Parecen todos dormidos, aun aquellos que tienen los ojos abiertos, o tal vez todos insomnes en una desolación atónita, aun con los ojos cerrados. De vez en cuando uno de ellos se sacude lentamente, se levanta apenas sobre las cortas patas, resbala sobre el borde del estanque, se deja caer de panza levantando una ola, fluctúa sumergido a media altura del agua, inmóvil como antes. ¿Es una desmesurada paciencia la de ellos, o una desesperación sin fin? ¿Qué esperan, o que han dejado de esperar? ¿En qué tiempo están inmersos? ¿En el de la especie, sustraído al curso de las horas que se precipitan del nacimiento a la muerte del individuo? ¿O en el tiempo de las eras geológicas que desplaza los continentes y consolida la costra de las tierras emergidas? ¿O en el lento enfriarse de los rayos del sol? El pensamiento de un tiempo fuera de nuestra

experiencia es insostenible. Palomar se apresura a salir del pabellón de los reptiles, que se puede frecuentar sólo de vez en cuando y de pasada.

Los silencios de Palomar

Los viajes de Palomar

El arriate de arena

Un pequeño patio cubierto de una arena blanca de grano grueso, casi de guijarros, rastrillada en surcos rectos paralelos o en círculos concéntricos, en torno a cinco grupos irregulares de guijos o peñas bajas. Éste es uno de los monumentos más famosos de la civilización japonesa, el jardín de rocas y arena del templo Ryôan-ji de Kioto, imagen típica de la contemplación del absoluto que se puede alcanzar con los medios más simples y sin recurrir a conceptos expresables con palabras, según la enseñanza de los monjes Zen, la secta más espiritual del budismo.

El recinto rectangular de arena incolora está flanqueado en tres de sus lados por muros coronados de tejas, más allá de las cuales verdean los árboles. En el cuarto lado hay un estrado de madera en gradas donde el público puede pasar, detenerse, sentarse. «Si absorbemos nuestra mirada interior en la visión de este jardín —explica el volante que se ofrece a los visitantes, en japonés y en inglés, firmado por el abad del templo— nos sentiremos despojados de la relatividad de nuestro yo individual, y la intuición del Yo absoluto nos llenará de serena maravilla, purificando nuestras mentes ofuscadas».

El señor Palomar está dispuesto a seguir estos conceptos con confianza y se sienta en los peldaños, observa las rocas una por una, sigue las ondulaciones de la arena blanca, deja que la armonía indefinible que liga los elementos del cuadro lo invada poco a poco.

O sea: trata de imaginar todas estas cosas como las sentiría alguien que pudiera concentrarse y mirar el jardín Zen en soledad y en silencio. Porque —habíamos olvidado decirlo— el señor Palomar está en la tarima, apretado, en medio de centenares de visitantes que lo empujan por todas partes, objetivos de cámaras fotográficas y de cine que se abren paso entre los codos, las rodillas, las orejas de la multitud, que encuadran las rocas y la arena desde todos los ángulos, iluminadas con luz natural o con flash. Hordas de pies en calcetines de lana le pasan por encima (los zapatos, como siempre en el Japón, se dejan a la entrada), progenitores pedagógicos empujan a primera fila a proles numerosas, tropes de estudiantes en uniforme se apretujan, ansiosos por despachar cuanto antes la visita escolar al monumento famoso; visitantes diligentes, alzando y bajando rítmicamente la cabeza, verifican si

todo lo que está escrito en la guía corresponde a la realidad y si todo lo que se ve en la realidad está escrito en la guía.

«Podemos considerar el jardín de arena como un archipiélago de islas rocosas en la inmensidad del océano, o bien como cimas de altas montañas que emergen de un mar de nubes. Podemos verlo como un cuadro enmarcado por las paredes del templo, o bien olvidar el marco y convencernos de que el mar de arena se extiende sin límites y cubre todo el mundo».

Estas «instrucciones de uso», están contenidas en el volante, y al señor Palomar le parecen perfectamente plausibles y aplicables de inmediato, sin esfuerzo, con tal de estar verdaderamente seguro de tener una individualidad de que despojarse, de mirar el mundo desde el interior de un yo capaz de disolverse y convertirse únicamente en mirada. Pero justamente este punto de partida es el que requiere un esfuerzo de imaginación suplementario, difícilísimo de realizar cuando el propio yo está aglutinado en una multitud compacta que mira a través de sus mil ojos y recorre con sus mil pies el itinerario obligarlo de la visita turística.

¿No queda sino concluir que las técnicas mentales Zen para alcanzar el extremo de la humildad, el desasimiento de toda posesividad y orgullo, tienen como fondo necesario el privilegio aristocrático, presuponen el individualismo con mucho espacio y mucho tiempo alrededor, los horizontes de una sociedad sin ansiedad? Pero esta conclusión, que lleva a la habitual añoranza de un paraíso perdido por la invasión de la civilización de masas, suena demasiado fácil al señor Palomar. Prefiere meterse en un camino más difícil, tratar de aferrar lo que el jardín Zen le ofrece a la mirada en la única situación en que se lo puede mirar hoy, asomando el propio pescuezo entre los otros pescuezos.

¿Qué ve? Ve a la especie humana en la era de los grandes números extendida en una multitud nivelada pero hecha siempre de individualidades distintas como ese mar de granitos de arena que sumerge la superficie del mundo... Ve que sin embargo el mundo sigue mostrando el dorso de pedernal de su naturaleza indiferente al destino de la humanidad, su dura sustancia irreductible a la asimilación humana... Ve cómo las formas en que la arena humana se agrega tienden a disponerse según líneas de movimiento, dibujos que combinan regularidad y fluidez como las huellas rectilíneas o circulares de un rastrillo... Y entre una humanidad-arena y un mundo-roca se intuye una armonía posible como entre dos armonías no homogéneas: la de lo no humano en un equilibrio de formas que parece no responder a ningún diseño; la de la estructura humana que aspira a una racionalidad de composición geométrica o musical nunca definitiva...

Serpientes y calaveras

En México el señor Palomar visita las ruinas de Tula, antigua capital de los Toltecas. Lo acompaña un amigo mexicano, conocedor apasionado y elocuente de las civilizaciones prehispánicas, que le cuenta bellísimas leyendas de Quetzalcóatl. Antes de convertirse en un dios, Quetzalcóatl fue un rey que tenía en Tula su palacio; de éste queda una serie de columnas trucas en torno a un impluvio, un poco como una casa de la Roma antigua.

El templo de la Estrella de la Mañana es una pirámide escalonada. En lo alto se alzan cuatro cariátides cilíndricas, llamadas «atlantes», que representan al dios Quetzalcóatl como Estrella de la Mañana (por medio de una mariposa que lleva posada en la espalda, símbolo de la estrella), y cuatro columnas esculpidas que representan la Serpiente Emplumada, es decir, siempre el mismo dios bajo forma animal.

Todo esto hay que creerlo porque sí; además, sería difícil demostrar lo contrario. En la arqueología mexicana cada estatua, cada objeto, cada detalle de bajorrelieve significa algo que significa algo que a su vez significa algo. Un animal significa un dios que significa una estrella que significa un elemento o una cualidad humana y así sucesivamente. Estamos en el mundo de la escritura pictográfica; los antiguos mexicanos para escribir dibujaban figuras y cuando dibujaban era también como si escribieran: cada figura se presenta como una charada por descifrar. Aun los frisos más abstractos y geométricos en la pared de un templo pueden ser interpretados como saetas si se los ve como un motivo de líneas entrecortadas, o se pueden leer como una serie numérica según el modo en que se suceden las franjas. Aquí en Tula los bajorrelieves repiten figuras animales estilizadas: jaguares, coyotes. El amigo mexicano se detiene delante de cada piedra; la transforma en relato cósmico, en alegoría, en reflexión moral.

Entre las ruinas desfila un grupo de estudiantes: muchachos de rasgos indios, descendientes tal vez de los constructores de esos templos, de sencillos uniformes blancos tipo *boy scout*, con pañuelitos azules. Los guía un maestro no mucho más alto que ellos y apenas más adulto, con la misma cara redonda y quieta. Suben los altos peldaños de la pirámide, se detienen debajo de las columnas, el maestro dice a qué civilización pertenecen, a qué siglo, en qué piedra están esculpidas, y después concluye: «No se sabe lo que quieren decir», y los estudiantes lo siguen en el descenso. Para cada estatua, para cada figura esculpida en un bajorrelieve o en una columna, el maestro da algunos datos concretos y añade invariablemente: «No se sabe lo que quiere decir».

Aparece un *chac-mool*, tipo de estatua bastante difundida: una figura humana semirreclinada que sostiene una bandeja; y en la bandeja, dicen unánimes los

expertos, se presentaban los corazones ensangrentados de las víctimas de los sacrificios humanos. Estas estatuas en sí mismas podrían considerarse como muñecos bonachones, rústicos; pero cada vez que ve una, el señor Palomar no puede menos que estremecerse.

Pasa la fila de escolares. Y el maestro dice: «Esto es un chac-mool. No se sabe lo que quiere decir», y sigue adelante.

El señor Palomar, a pesar de seguir las explicaciones del amigo que lo guía, termina siempre por cruzarse con los estudiantes y recoger las palabras del maestro. Está fascinado por la riqueza de las referencias mitológicas del amigo: el juego de la interpretación, la lectura alegórica le han parecido siempre un soberano ejercicio de la mente. Pero se siente atraído también por la actitud opuesta del maestro de escuela: lo que le había parecido al principio una expeditiva falta de interés, se va revelando como una posición científica y pedagógica, un método elegido por ese joven grave y concienzudo, una regla a la que no quiere sustraerse. Una piedra, una figura, un signo, una palabra que nos llegan aislados de su contexto son sólo esa piedra, esa figura, ese signo o palabra: podemos tratar de definirlos, de describirlos como tales, eso es todo; si además de la faz que nos presentan tienen también una faz oculta, no nos es dado saberlo. La negativa a comprender nada que no sea lo que estas piedras nos muestran es quizá el único modo posible de demostrar respeto por su secreto; tratar de adivinar es presunción, traición el verdadero significado perdido.

Por detrás de la pirámide pasa un corredor o trinchera entre dos muros, uno de tierra batida, el otro de piedra esculpida: el Muro de las Serpientes. Es tal vez la parte más bella de Tula: en el friso en relieve se suceden serpientes cada una de las cuales tiene en las fauces abiertas una calavera humana como si estuviera por devorarla. Pasan los muchachos. Y el maestro: «éste es el Muro de la Serpientes. Cada serpiente tiene en la boca una calavera. No se sabe lo que quieren decir».

El amigo no puede contenerse: «¡Sí que se sabe! Es la continuidad de la vida y de la muerte, las serpientes son la vida, las calaveras son la muerte; la vida que es vida porque lleva en sí la muerte y la muerte que es muerte porque sin muerte no hay vida...». Los muchachos escuchan con la boca abierta, los negros ojos atónitos. El señor Palomar piensa que toda traducción requiere otra traducción y así sucesivamente. Se pregunta: «¿Qué quería decir muerte, vida, continuidad, pasaje, para los antiguos Toltecas? ¿Y qué cosa puede querer decir para estos muchachos? ¿Y para mí?». Y sin embargo sabe que nunca podrá sofocar su necesidad de traducir, de pasar de un lenguaje a otro, de figuras concretas a palabras abstractas, de símbolos abstractos a experiencias concretas, de tejer y volver a tejer una red de analogías. No interpretar es imposible, como es imposible abstenerse de pensar.

Apenas los estudiantes desaparecen en un recodo, la voz obstinada del maestrillo prosigue: «No es verdad lo que ha dicho ese señor. No se sabe lo que quieren decir».

La pantufla desparejada

De viaje por un país de Oriente, el señor Palomar ha comprado en un bazar un par de pantuflas. De regreso en su casa, trata de calzárselas: se da cuenta de que una pantufla es más ancha que la otra y se le cae del pie. Recuerda al viejo vendedor sentado sobre los talones en una covacha del bazar delante de un montón desordenado de pantuflas de todas las medidas; lo ve revolver en el montón en busca de una pantufla adecuada a su pie y que le hace probar, después revolver de nuevo y entregarle la presunta compañera, que él acepta sin probársela.

«Tal vez ahora —piensa el señor Palomar— otro hombre camina por aquel país con dos pantuflas desparejadas». Y ve una enjuta sombra que recorre el desierto cojeando, con un zapato que se le desliza del pie a cada paso, o si no demasiado estrecho, aprisionándole el pie encogido. «Tal vez también él en este momento piensa en mí, espera encontrarme para hacer el cambio. La relación que nos liga es más concreta y clara que gran parte de las relaciones que se establecen entre seres humanos. Y sin embargo no nos encontraremos jamás». Decide seguir usando esas pantuflas desparejadas por solidaridad con su desconocido compañero de desventura, para mantener viva esa complementariedad tan rara, ese espejeo de pasos cojeantes de un continente a otro.

Se solaza representándose esa imagen, pero sabe que no corresponde a la verdad. Un alud de pantuflas fabricadas en serie viene periódicamente a reabastecer el montón del viejo comerciante de aquel bazar. En el fondo del montón quedarán siempre dos pantuflas desparejadas, pero mientras el viejo comerciante no agote su reserva (y tal vez no la agotará nunca, y muerto él la tienda con toda la mercadería pasará a sus herederos y a los herederos de los herederos), bastará buscar en el montón y se encontrará siempre una pantufla que forme el par con otra pantufla. Sólo con un comprador distraído como él puede haber un error, pero pueden pasar siglos antes de que las consecuencias de este error repercutan en otro frecuentador del antiguo bazar. Todo proceso de disgregación del orden del mundo es irreversible, pero los efectos quedan ocultos retardados en el polvillo de los grandes números que contiene posibilidades prácticamente ilimitadas de nuevas simetrías, combinaciones, apareamientos.

Pero ¿y si su error no hubiese servido sino para borrar un error precedente? ¿Si su distracción hubiera sido portadora no de desorden sino de orden? «Tal vez el comerciante sabía lo que hacía —piensa el señor Palomar—; al darme aquella pantufla desparejada corregía una disparidad que desde hace siglos se escondía en aquel montón de pantuflas, transmitida durante generaciones en aquel bazar».

El compañero desconocido tal vez cojeaba en otra época, la simetría de sus pasos se corresponde no sólo de un continente a otro, sino a siglos de distancia. No por eso

el señor Palomar se siente menos solidario de él. Continúa chancleteando fatigosamente para dar alivio a su sombra.

Palomar en sociedad

Del morderse la lengua

En una época y en un país en que todos se despepitan por proclamar opiniones o juicios, el señor Palomar ha adquirido la costumbre de morderse la lengua tres veces antes de hacer cualquier afirmación. Si al tercer mordisco aún sigue convencido de lo que iba a decir, lo dice; si no, se calla. En realidad, pasa semanas y meses enteros en silencio.

Buenas ocasiones para callar no faltan nunca, pero se da también el raro caso de que el señor Palomar lamente no haber dicho algo que hubiera podido decir en el momento oportuno. Se da cuenta de que los hechos han confirmado lo que él pensaba, y que si entonces hubiera expresado su pensamiento, habría tenido alguna influencia positiva, por mínima que fuese, sobre lo ocurrido. En esos casos su ánimo se divide entre la complacencia por haber pensado justo y un sentimiento de culpa por su excesiva reserva. Sentimientos ambos tan fuertes que está tentado de expresarlos con palabras; pero después de haberse mordido la lengua tres veces, también él se convence de que no tiene ningún motivo ni de orgullo ni de remordimiento.

Haber pensado correctamente no es un mérito: estadísticamente, es casi inevitable que entre las muchas ideas equivocadas, confusas o triviales que se presentan a la mente, alguna sea atinada o directamente genial; y así como se le ha ocurrido a él, puede ser cierto que se le hubiese ocurrido también a otro.

Más discutible es el juicio sobre el no haber manifestado su pensamiento. En tiempos de silencio general, conformarse con el callar de los más es sin duda culpable. En tiempos en que todos dicen demasiado, lo importante no es tanto decir la cosa justa, que de todos modos se perdería en la inundación de palabras, como decir la a partir de premisas y con las consecuencias implícitas que den a la cosa el máximo valor. Pero entonces, si el valor de una sola afirmación reside en la continuidad o coherencia del discurso en que se inserta, la única elección posible es entre hablar continuamente y no hablar nunca. En el primer caso el señor Palomar revelaría que su pensamiento no avanza en línea recta sino en zigzag, a través de oscilaciones, desmentidos, correcciones en medio de los cuales la justeza de su afirmación se perdería. En cuanto a la segunda alternativa, implica un arte del callar más difícil aún

que el arte del decir.

En realidad, también el silencio puede ser considerado un discurso, en cuanto rechazo del uso que los otros hacen de la palabra; pero el sentido de este silencio-discurso está en sus interrupciones, esto es, en lo que de vez en cuando se dice y que da un sentido a lo que se calla.

O mejor aún: un silencio puede servir para excluir ciertas palabras o si no, para tenerlas en reserva a fin de que se puedan usar en una ocasión mejor. Así como una palabra dicha ahora puede ahorrarme cien mañana o bien obligarme a decir otras mil. «Cada vez que me muerdo la lengua —concluye mentalmente el señor Palomar— debo pensar no sólo en lo que estoy por decir o no decir, sino en todo lo que si digo o no digo será dicho o no dicho por mí o por otros». Formulado este pensamiento, se muerde la lengua y se queda en silencio.

Del tomárselas con los jóvenes

En una época en que la intolerancia de los viejos con los jóvenes y de los jóvenes con los viejos ha llegado al colmo, en que los viejos no hacen sino acumular argumentos para decir finalmente a los jóvenes lo que se merecen y los jóvenes no esperan sino esas ocasiones para demostrar que los viejos no entienden nada, el señor Palomar no consigue pronunciar palabra. Si a veces trata de intervenir en la conversación, se da cuenta de que todos están demasiado acalorados por las tesis que sostienen para hacer caso de quien trata de aclararse la cuestión a sí mismo.

El hecho es que más que afirmar su verdad él quisiera hacer preguntas, y comprende que nadie tiene ganas de salir de las vías del propio discurso para responder a preguntas que, viniendo de otro discurso, obligarían a repensar las mismas cosas con otras palabras, y tal vez a encontrarse en territorio desconocido, lejos de los recorridos seguros. O bien, quisiera que las preguntas se las hicieran otros; pero también a él le gustarían sólo ciertas preguntas y no otras: aquellas a las que respondería diciendo las cosas que siente que podría decir sólo si alguno le pidiera que las dijese. Pero nadie sueña en preguntarle nada.

Dada la situación, el señor Palomar se limita a rumiar para sí la dificultad de hablar a los jóvenes.

Piensa: «La dificultad viene del hecho de que entre nosotros y ellos hay un foso infranqueable. Algo ha sucedido entre nuestra generación y la de ellos, una continuidad de experiencias se ha interrumpido: no tenemos más puntos de referencia en común». Después piensa: «No, la dificultad viene del hecho de que cada vez que estoy por dirigirles un reproche o una crítica o una exhortación o un consejo, pienso

que también yo de joven provocaba reproches, críticas, exhortaciones, consejos del mismo género, y no los escuchaba. Los tiempos eran distintos y el resultado eran muchas diferencias de comportamiento, de lenguaje, de costumbres, pero mis mecanismos mentales de entonces no eran muy diferentes de los de hoy. Por lo tanto, no tengo ninguna autoridad para hablar».

El señor Palomar vacila largo rato entre estos dos modos de considerar la cuestión. Después decide: «No hay contradicción entre las dos posiciones. La solución de continuidad entre las generaciones depende de la imposibilidad de transmitir la experiencia, de hacer que los otros eviten los errores ya cometidos por nosotros. La verdadera distancia entre dos generaciones está dada por los elementos que tienen en común y que obligan a la repetición cíclica de las mismas experiencias, como en los comportamientos de las especies animales transmitidos como herencia biológica; mientras que en cambio los elementos realmente diversos entre nosotros y ellos son el resultado de los cambios irreversibles que cada época trae consigo, es decir, dependen de la herencia histórica que nosotros les hemos transmitido, la herencia de la que somos responsables, aunque a veces sin saberlo. Por eso no tenemos nada que enseñar: sobre lo que más se asemeja a nuestra experiencia no podemos influir; en lo que lleva nuestra impronta no sabemos reconocernos».

El modelo de los modelos

En la vida del señor Palomar hubo una época en que su regla era ésta: primero, construir en su mente un modelo, el más perfecto, lógico, geométrico posible; segundo, verificar si el modelo se adapta a los casos prácticos observables en la experiencia; tercero, aportar las correcciones necesarias para que modelo y realidad coincidan. Este procedimiento, elaborado por los físicos y los astrónomos que indagan la estructura de la materia y del universo, parecía a Palomar el único con el que se podía hacer frente a los más intrincados problemas humanos, y en primer lugar los de la sociedad y del mejor modo de gobernar. Era preciso tener presentes por una parte la realidad informe y demente de la convivencia humana, que no hace sino engendrar monstruosidades y desastres, y por otra un modelo de organismo social perfecto, de líneas netamente trazadas, rectas y círculos y elipsis, paralelogramos de fuerzas, diagramas con abcisas y ordenadas.

Para construir un modelo —Palomar lo sabía— es preciso partir de algo, es decir, tener principios de los cuales pueda salir por deducción el propio razonamiento. Estos principios —llamados también axiomas o postulados— uno no los elige, sino que ya los tiene, porque si no los tuviera no podría siquiera ponerse a pensar. Por lo tanto,

Palomar también los tenía, pero —no siendo ni un matemático ni un lógico— no se preocupaba de definirlos. Deducir era, sin embargo, una de sus actividades preferidas, porque podía dedicarse a ella solo y en silencio, sin instrumentos especiales, en cualquier lugar y momento, sentado en un sillón o paseando. Por la inducción en cambio sentía cierta desconfianza, tal vez porque sus experiencias le parecían aproximativas y parciales. La construcción de un modelo era, pues, para él un milagro de equilibrio entre los principios (que permanecían en la sombra) y la experiencia (inasible), pero el resultado debía tener una consistencia mucho más sólida que los unos y la otra. En un modelo bien construido, en realidad, cada detalle debe estar condicionado por los demás, con lo cual todo se sostiene con absoluta coherencia, como en un mecanismo donde si se bloquea un engranaje todo se bloquea. El modelo es por definición aquel en el que no hay nada que cambiar, aquel que funciona a la perfección, en cambio la realidad vemos perfectamente que no funciona y se desintegra por todas partes; por lo tanto, no queda sino obligarla a tomar la forma del modelo, por las buenas o por las malas.

Durante mucho tiempo el señor Palomar se había esforzado por alcanzar una impasibilidad y un desapego tales que lo único que contara fuese sólo la serena armonía de las líneas del diseño: todos los desgarramientos y contorsiones y compresiones que la realidad debe sufrir para identificarse con el modelo debían considerarse accidentes momentáneos e irrelevantes. Pero si por un instante dejaba de fijar la vista en la armoniosa figura geométrica dibujada en el cielo de los modelos ideales, le saltaba a los ojos un paisaje humano en el que las monstruosidades y los desastres no habían desaparecido en modo alguno y las líneas del dibujo aparecían deformadas y retorcidas.

Hacía falta entonces un sutil trabajo de ajuste que aportase graduales correcciones al modelo para aproximarlos a una posible realidad y a la realidad para aproximarlos al modelo. En verdad, el grado de ductilidad de la naturaleza humana no es ilimitado, como había creído en un primer momento; y en comparación, hasta el modelo más rígido puede dar prueba de cierta inesperada elasticidad. En una palabra, si el modelo no logra transformar la realidad, la realidad debería conseguir transformar el modelo.

La regla del señor Palomar poco a poco había cambiado: ahora necesitaba una gran variedad de modelos, tal vez transformables el uno en el otro según un procedimiento combinatorio, para encontrar aquel que calzase mejor en una realidad que a su vez estaba siempre hecha de muchas realidades diversas, en el tiempo y en el espacio. En todo esto, no es que el propio Palomar elaborase modelos o se dedicara a aplicar otros ya elaborados: se limitaba a imaginar un justo uso de los modelos justos para colmar el abismo que veía abrirse cada vez más entre la realidad y los principios. En una palabra, el modo de manipulación y gestión posible de los modelos no era de su competencia ni entraba en sus posibilidades de intervención. De estas cosas se

ocupan habitualmente personas muy diferentes de él, que juzgan su funcionalidad según otros criterios: como instrumentos de poder, sobre todo, más que según los principios o las consecuencias en la vida de la gente. Cosa esta bastante natural, pues lo que los modelos tratan de modelar es siempre un sistema de poder; pero si la eficacia del sistema se mide por su invulnerabilidad y capacidad para durar, el modelo se convierte en una especie de fortaleza cuyas gruesas murallas esconden lo que está fuera. Palomar, que de los poderes y contrapoderes se espera siempre lo peor, ha terminado por convencerse de que lo que cuenta realmente es lo que sucede a pesar de ellos: la forma que la sociedad va adoptando lentamente, silenciosamente, anónimamente, en los hábitos, en el modo de pensar y de hacer, en la escala de valores. Si las cosas son así, el modelo de los modelos ansiado por Palomar deberá servir para obtener modelos transparentes, diáfanos, sutiles como telas de araña; tal vez directamente para disolver los modelos, más aún, para disolverse.

Llegado a ese punto a Palomar no le quedaba sino borrar de su mente los modelos y los modelos de modelos. Cumplido también este paso, se encuentra cara a cara con la realidad mal dominable y no homogeneizable, formulando sus «sí», sus «no», sus «pero». Para eso, es mejor que la mente esté libre, limpia, amueblada sólo por la memoria de fragmentos de experiencia y de principios sobrentendidos y no demostrables. No es una línea de conducta que pueda darle satisfacciones especiales, pero es la única que le resulta practicable.

Mientras se trata de reprobar los males de la sociedad y los abusos de quien abusa, no vacila (salvo en cuanto teme que, al hablar demasiado, aun las cosas más justas pueden sonar repetitivas, obvias, fatigosas). Más difícil le resulta pronunciarse sobre los remedios, porque primero quisiera cerciorarse de que no provocan males y abusos mayores y que, sabiamente propuestos por reformadores iluminados, pueden después ser puestos en práctica sin daño por sus sucesores: tal vez ineptos, tal vez prevaricadores, tal vez ineptos y prevaricadores a un tiempo. No le queda sino exponer estos bellos pensamientos en forma sistemática, pero un escrúpulo lo detiene: ¿Y si el resultado fuese un modelo? Por eso prefiere mantener sus convicciones en estado fluido, verificarlas caso por caso y convertirlas en la regla implícita del propio comportamiento cotidiano, en el hacer o en el no hacer, en el elegir o en el excluir, en el hablar o en el callar.

Las meditaciones de Palomar

El mundo mira al mundo

A raíz de una serie de contrariedades intelectuales que no vale la pena recordar, el señor Palomar ha decidido que su principal actividad será mirar las cosas desde fuera. Un poco miope, distraído, introvertido, no cree pertenecer a ese tipo humano que suele ser calificado de observador. Y sin embargo, siempre le ha ocurrido que ciertas cosas —una pared de piedra, una conchilla, una hoja, una tetera— se le presenten como solicitándole una atención minuciosa y prolongada: se pone a observarlas casi sin darse cuenta y su mirada comienza a recorrer todos los detalles y no consigue desprenderse de ellos. El señor Palomar ha decidido que en adelante redoblará su atención: primero, no pasando por alto esos reclamos que le llegan de las cosas; segundo, atribuyendo a la operación de observar toda la importancia que merece.

Llegado a ese punto sobreviene un primer momento de crisis: seguro de que de ahora en más el mundo le revelará una riqueza infinita de cosas que mirar, el señor Palomar trata de fijarse en todo lo que encuentra a tiro: no saca ningún placer y abandona. Sigue una segunda fase en que se convence de que las cosas para mirar son sólo algunas y no otras, y que él debe ir a buscarlas; para eso debe enfrentarse cada vez con problemas de elección, exclusiones, jerarquías de preferencia; enseguida comprende que lo está echando a perder todo, como siempre que hace intervenir el propio yo y todos sus problemas con el propio yo.

¿Pero cómo se hace para mirar una cosa dejando de lado el yo? ¿De quién son los ojos que miran? Por lo general se piensa que el yo es alguien que está asomado a los propios ojos como al antepecho de una ventana y mira el mundo que se extiende delante en toda su vastedad. Por lo tanto: hay una ventana que se abre al mundo. Del otro lado está el mundo, ¿y de éste? Siempre el mundo: ¿qué otra cosa va a haber? Con un pequeño esfuerzo de concentración Palomar consigue desplazar el mundo de allí adelante y acomodarlo asomado al antepecho. Entonces, fuera de la ventana, ¿qué queda? También el mundo, que en esta ocasión se ha desdoblado en mundo que mira y mundo mirado. ¿Y él, llamado también «yo», es decir, el señor Palomar? ¿No es también él un fragmento de mundo que está mirando otro fragmento de mundo? O bien, dado que está el mundo de este lado y el mundo del otro lado de la ventana, tal vez el yo no sea sino la ventana a través de la cual el mundo mira al mundo. Para

mirarse a sí mismo el mundo necesita los ojos (y las gafas) del señor Palomar.

Por lo tanto, no basta que Palomar mire las cosas del lado de fuera y no del de dentro; de ahora en adelante las mirará con una mirada que venga desde fuera, no desde dentro de él. Trata de hacer de inmediato la experiencia: ahora no es él quien mira, sino el mundo de fuera que mira afuera. Establecido esto, gira la mirada en torno esperando una transfiguración general. Pero no. La habitual grisalla cotidiana lo rodea. Hay que volver a estudiar todo desde el principio. Que sea el fuera quien mira el fuera, no basta: de lo mirado es de donde debe partir la trayectoria que lo liga a lo que mira.

De la muda extensión de las cosas debe partir una señal, un reclamo, un guiño: una cosa se separa de las otras con la intención de significar algo... ¿qué? Ella misma, una cosa está contenta de ser mirada por las otras cosas sólo cuando se convence de significarse a sí misma y nada más, en medio de las cosas que se significan a sí mismas y nada más.

Las ocasiones de este tipo no son desde luego frecuentes, pero antes o después han de presentarse: basta esperar que se verifique una de esas afortunadas coincidencias en que el mundo quiere mirar y ser mirado en el mismo instante y que el señor Palomar pase justamente por allí. Es decir, el señor Palomar no debe siquiera esperar, porque estas cosas ocurren solamente cuando menos se lo espera.

El universo como espejo

Al señor Palomar le hace padecer mucho su dificultad de relacionarse con el prójimo. Envidia a las personas que tienen el don de encontrar siempre la cosa justa que decir, el modo justo de dirigirse a cada uno; que se sienten cómodas con quienquiera que se encuentren y que ponen cómodos a los demás; que moviéndose con ligereza entre las gentes perciben enseguida cuándo deben defenderse y tomar sus distancias y cuándo suscitar simpatía y confianza; que dan lo mejor de sí en la relación con los demás e incitan a los demás a dar lo mejor de sí; que saben de inmediato cómo valorar una persona en relación con ellos y en términos absolutos.

Esas dotes —piensa el señor Palomar con la nostalgia de quien no las tiene— son concedidas a quienes viven en armonía con el mundo. Para ellos es natural establecer un acuerdo no sólo con las personas sino también con las cosas, con los lugares, las situaciones, las ocasiones, con el deslizarse de las constelaciones en el firmamento, con el aglutinarse de los átomos en las moléculas. Ese alud de acontecimientos simultáneos que llamamos universo no arrolla al afortunado que sabe escurrirse por los más minúsculos intersticios entre las infinitas combinaciones, permutaciones y

cadenas de consecuencias, evitando las trayectorias de los meteoritos asesinos e interceptando al vuelo sólo los rayos benéficos. Al amigo del universo, el universo le es amigo. ¡Ojalá —suspira Palomar— pudiera yo también ser así!

Decide tratar de imitarlos. Todos sus esfuerzos, de ahora en adelante, tenderán a lograr una armonía tanto con el género humano próximo a él como con la espiral más lejana del sistema de las galaxias. Para comenzar, dado que con su prójimo tiene demasiados problemas, Palomar tratará de mejorar sus relaciones con el universo. Aleja y reduce al mínimo la frecuentación de sus semejantes; se habitúa a hacer el vacío en su mente, expulsando de ella todas las presencias indiscretas; observa el cielo en las noches estrelladas; lee libros de astronomía; se familiariza con la idea de los espacios siderales hasta convertirla en un enser permanente de su amueblamiento mental. Después trata de conseguir que sus pensamientos tengan presentes contemporáneamente las cosas más cercanas y las más alejadas: cuando enciende la pipa, la atención a la llama del fósforo que la próxima vez debería dejarse aspirar hasta el fondo del hornillo iniciando la lenta transformación en brasas de las hebras de tabaco, no debe hacerle olvidar ni un instante la explosión de una supernova que se está produciendo en la Gran Nube de Magallanes en este mismo momento, es decir, hace unos millones de años. La idea de que todo en el universo se vincula y se responde no lo abandona nunca: una variación de luminosidad en la Nebulosa del Cangrejo o el adensarse de una aglomeración globular en Andrómeda no pueden dejar de tener alguna influencia en el funcionamiento de su tocadiscos o en la frescura de las hojas de berro en su plato de ensalada.

Cuando está convencido de haber delimitado exactamente su propio lugar en medio de la muda extensión de las cosas que flotan en el vacío, entre el polvillo de acontecimientos actuales o posibles que flota en el espacio y en el tiempo, Palomar decide que ha llegado el momento de aplicar esa sabiduría cósmica a la relación con sus semejantes. Se apresura a volver a la sociedad, reanuda conocimientos, amistades, relaciones de negocios, somete a un atento examen de conciencia sus vínculos y sus afectos. Espera que se le extienda delante un paisaje humano finalmente neto, claro, sin niebla, en el que pueda moverse con gestos precisos y seguros. ¿Es así? Nada de eso. Comienza a enredarse en un embrollo de malentendidos, vacilaciones, compromisos, actos fallidos; las cuestiones más fútiles se vuelven angustiosas, las más graves se achatan; cada cosa que dice o hace resulta desmañada, fuera de lugar, indecisa. ¿Qué es lo que no funciona?

Esto: contemplando los astros se ha acostumbrado a considerarse un punto anónimo e incorpóreo, casi a olvidar que existe; para tratar ahora con los seres humanos no puede menos que ponerse en juego a sí mismo, y ya no sabe dónde está su yo. Frente a cada persona uno debería saber cómo situarse con relación a ella, estar seguro de las reacciones que le inspira la presencia del otro —aversión o atracción,

ascendiente inmediato o impuesto, curiosidad o desconfianza o indiferencia, dominio o sometimiento, discipularidad o magisterio, espectáculo como actor o como espectador— y a partir de éstas y de las contrarreacciones del otro, establecer las reglas del juego que se aplicarán en la partida, decidir las movidas contramovidas. Por todo ello, antes de empezar a observar a los otros uno debería saber bien quién es. El conocimiento del prójimo tiene esto de especial: pasa necesariamente por el conocimiento de uno mismo; y eso es exactamente lo que le falta a Palomar. No sólo se necesita conocimiento sino comprensión, acuerdo con los propios medios y fines y pulsiones, lo cual quiere decir posibilidad de ejercitar un dominio sobre las propias inclinaciones y acciones, controlarlas y dirigirlas pero no coartarlas ni sofocarlas. Las personas cuya justeza y naturalidad en cada palabra y cada gesto admira están, antes aun que en paz con el universo, en paz consigo mismas. Palomar, que no se ama, siempre se las ha arreglado para no encontrarse consigo mismo cara a cara; por eso ha preferido refugiarse entre las galaxias; ahora entiende que debía empezar por encontrar la paz interior. El universo tal vez pueda seguir tranquilo con sus cosas; él ciertamente no.

El camino que le queda es éste: se dedicará de ahora en adelante más al conocimiento de sí mismo, explorará la propia geografía interior, trazará el diagrama de los movimientos de su ánimo, obtendrá sus fórmulas y sus teoremas, apuntará su telescopio a las órbitas trazadas por el curso de su vida y no a las órbitas de las constelaciones. «No podemos conocer nada exterior a nosotros pasando por encima de nosotros mismos —piensa ahora—, el universo es el espejo donde podemos contemplar sólo lo que hayamos aprendido a conocer en nosotros».

Y he aquí que también esta nueva fase de su itinerario en busca de la sabiduría se cumple. Finalmente podrá tender la mirada dentro de sí. ¿Qué verá? ¿Se le aparecerá su mundo interior como el calmo, inmenso girar de una espiral luminosa? ¿Verá navegar en silencio estrellas y planetas en las parábolas y las elipses que determinan el carácter y el destino? ¿Contemplará una esfera de circunferencia infinita que tiene el yo por centro y el centro en cada punto?

Abre los ojos: lo que se presenta a su mirada le parece haberlo visto ya todos los días: calles llenas de gentes que tienen prisa y se abren paso a codazos, sin mirarse a la cara, entre paredes hostiles y descascaradas. En el fondo, en el cielo estrellado brillan fulgores intermitentes como un mecanismo trabado que se sacude y chirría en todos sus goznes no aceitados, vanguardia de un universo tambaleante, retorcido, sin quietud, como él.

Cómo aprender a estar muerto

El señor Palomar decide que de ahora en adelante hará como si estuviese muerto, para ver cómo marcha el mundo sin él. De un tiempo a esta parte observa que entre él y el mundo las cosas no andan como solían; si antes le parecía que el uno esperaba algo del otro, él y el mundo, ahora no recuerda qué había que esperar de malo o de bueno, ni por qué esa espera lo tenía en una perpetua ansiosa agitación.

Por lo tanto, el señor Palomar debería experimentar ahora una sensación de alivio, pues no tiene que preguntarse ya qué le depara el mundo, y debería incluso advertir el alivio del mundo, que ya no necesita preocuparse de él. Pero, justamente, la espera de saborear esta calma basta para poner ansioso al señor Palomar.

En una palabra, estar muerto es menos fácil de lo que puede parecer. En primer lugar, no debe confundirse el estar muerto con el no ser, condición que ocupa también la inmensa extensión de tiempo anterior al nacimiento, aparentemente simétrica a la igualmente ilimitada que sigue a la muerte. En realidad, antes de nacer formamos parte de las infinitas posibilidades que se realizarán o no, mientras que una vez muertos, no podremos realizarnos ni en el pasado (al que pertenecemos ahora enteramente, pero sobre el cual ya no podemos influir) ni en el futuro (que aunque influido por nosotros, nos está vedado). El caso del señor Palomar es en realidad más sencillo, por cuanto su capacidad de influir en algo o en alguien siempre ha sido insignificante; el mundo puede muy bien prescindir de él, y él puede considerarse muerto con toda tranquilidad, sin cambiar siquiera sus costumbres. El problema está en el cambio no de lo que hace, sino de lo que es, y más precisamente de lo que él es en relación con el mundo. Antes entendía por mundo el mundo más él; ahora se trata de él más el mundo menos él.

¿El mundo menos él querrá decir el fin de la ansiedad? ¿Un mundo donde las cosas suceden independientemente de su presencia y de sus reacciones según una ley propia o necesidad o razón que no tiene que ver con él? Golpea la ola en el escollo y excava la roca, le sucede otra ola, otra, otra más; sea él o no sea, todo sigue sucediendo. El alivio de estar muerto debería ser ése: eliminada esa mancha de inquietud que es nuestra presencia, lo único que cuenta es la extensión y la sucesión de las cosas bajo el sol, en su impasible serenidad. Todo es calma o tiende a la calma, hasta los huracanes, los terremotos, la erupción de los volcanes. ¿Pero no era ya esto el mundo cuando él estaba? ¿Cuando cada tempestad llevaba en sí la paz del después, preparaba el momento en que todas las olas se hubieran deshecho contra la orilla, y el viento hubiese agotado su fuerza? Tal vez estar muerto sea pasar al océano de las olas que siguen siendo siempre olas, y por lo tanto es inútil esperar que el mar se calme.

La mirada de los muertos es siempre un poco deprecatoria. Situaciones, ocasiones, lugares, son *grosso modo* los que uno ya conocía, y reconocerlos da siempre cierta satisfacción, pero al mismo tiempo se perciben tantas variaciones pequeñas o grandes, que en sí mismas se podrían también aceptar si correspondiesen

a un desenvolvimiento lógico coherente, pero en cambio resultan arbitrarias e irregulares y esto molesta, sobre todo porque uno está siempre tentado de intervenir para aportar esa corrección que le parece necesaria, y no puede hacerlo porque está muerto. De ahí una actitud reacia, casi incómoda, pero al mismo tiempo suficiente, como de quien sabe que lo que cuenta es la propia experiencia pasada y a todo lo demás no es cosa de atribuirle demasiado peso. Después, un sentimiento dominante no tarda en sobrevenir y en imponerse a cualquier pensamiento: y es el alivio de saber que todos los problemas son problemas de los demás, cosas de ellos. A los muertos no debería importarles más nada de nada porque no les corresponde a ellos pensar en eso; y aunque pueda parecer inmoral, en esa irresponsabilidad encuentran los muertos su alegría.

Cuanto más se acerca el estado de ánimo del señor Palomar al aquí descrito, más natural halla la idea de estar muerto. Desde luego, no ha encontrado todavía el sublime desapego que creía propio de los muertos, ni una razón que vaya más allá de cualquier explicación, ni la salida de los propios límites como de un túnel que desemboca en otras dimensiones. Por momentos se hace la ilusión de haberse liberado al menos de la impaciencia que lo ha acompañado toda la vida viendo cómo los demás se equivocan en todo lo que hacen y pensando que también él en su lugar se equivocaría otro tanto, pero que de todos modos se daría cuenta. En cambio, no se ha liberado para nada; y comprende que la intolerancia con los errores propios y ajenos se perpetuará junto con los errores mismos que ninguna muerte borra. Por lo tanto es preferible hacerse a la idea: estar muerto significa para Palomar habituarse a la desilusión de encontrarse igual a sí mismo en un estado definitivo que ya no puede confiar en cambiar.

Palomar no menosprecia las ventajas que la condición del vivo puede tener con respecto a la del muerto, no en el sentido del futuro, donde los riesgos son siempre muy grandes y los beneficios pueden ser de corta duración, sino en el sentido de la posibilidad de mejorar la forma del propio pasado. (A menos que uno esté ya plenamente satisfecho del propio pasado, caso demasiado poco interesante para que merezca la pena ocuparse de él). La vida de una persona consiste en un conjunto de acontecimientos el último de los cuales podría incluso cambiar el sentido de todo el conjunto, no porque cuente más que los precedentes, sino porque una vez incluidos en una vida los acontecimientos se disponen en un orden que no es cronológico sino que responde a una arquitectura interna. Uno, por ejemplo, lee en la edad madura un libro importante para él, que le hace decir: «¡Cómo pude vivir sin haberlo leído!», y aún más: «¡Lástima que no lo leí de joven!». Pues bien, estas afirmaciones no tienen mucho sentido, sobre todo la segunda, porque desde el momento que ha leído ese libro, su vida se convierte en la vida de alguien que ha leído ese libro, porque aun la vida anterior a la lectura asume ahora una forma marcada por esa lectura.

Éste es el paso más difícil para quien quiere aprender a estar muerto: convencerse de que la propia vida es un conjunto cerrado, que está entero en el pasado, al cual no se puede añadir más nada, ni introducir cambios de perspectiva en la relación entre los diversos elementos. Naturalmente, los que siguen viviendo pueden, a partir de los cambios vividos por ellos, introducir cambios también en la vida de los muertos, dando forma a lo que no la tenía o que parecía tener una forma diferente: reconociendo por ejemplo un justo rebelde en quien había sido vituperado por sus actos contra la ley, celebrando a un poeta o un profeta en quien se había visto condenado a la neurosis o al delirio. Pero son cambios que cuentan sobre todo para los vivos. Ellos, los muertos, es difícil que saquen partido. Cada uno está hecho de lo que ha vivido y del mundo donde lo ha vivido, y esto nadie puede quitárselo. Quien ha vivido sufriendo, está hecho de su sufrimiento; si pretenden quitárselo, deja de ser él.

Por eso Palomar se prepara a ser un muerto fastidioso, que soporta mal la condena a quedar como era, pero no está dispuesto a renunciar a nada de sí, aunque le pese.

Desde luego, se puede también apuntar a los dispositivos que aseguran la supervivencia de por lo menos una parte de uno mismo en la posteridad, clasificables sobre todo en dos categorías: el dispositivo biológico, que permite transmitir a la descendencia esa parte de uno mismo que se llama patrimonio genético, y el dispositivo histórico, que permite transmitir a la memoria y al lenguaje del que sigue viviendo esa experiencia, poca o mucha, que aun el hombre menos dotado recoge y acumula. Esos dispositivos pueden ser considerados uno solo, dando por sentada la sucesión de las generaciones como las fases de la vida de una sola persona que continúa durante siglos y milenios; pero así lo que se hace es remitir el problema de la propia muerte individual a la extinción del género humano, por tarde que esto pueda suceder.

Pensando en su propia muerte Palomar piensa ya en la de los últimos sobrevivientes de la especie humana o de sus derivados o herederos: en el globo terrestre devastado y desierto desembarcan los exploradores de otro planeta, descifran las huellas registradas en los jeroglíficos de las pirámides y en las tarjetas perforadas de las calculadoras electrónicas; la memoria del género humano renace de sus cenizas y se difunde por las zonas habitadas del universo. Y así de reenvío en reenvío llegará el momento en que el tiempo se consuma y extinga en un cielo vacío, cuando el último soporte material de la memoria del vivir se haya desintegrado en una bocanada tórrida, o sus átomos hayan cristalizado en el hielo de un orden inmóvil. «Si el tiempo ha de terminar, es posible describirlo instante por instante —piensa Palomar— y cada instante, al describirlo, se dilata tanto que ya no se le ve el fin». Decide que se pondrá a describir cada instante de su vida y mientras no los haya descrito todos no volverá a pensar que está muerto.

En ese momento se muere.

* * *



ITALO GIOVANNI CALVINO MAMELI. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la II Guerra Mundial, durante la que luchó contra los nazis en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Las cósmicas* (1965), *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Toscana, Italia, en 1985.